



Seis
historias
con
pasión



Lory Talbot

UN DÍA MARAVILLOSO

En dos días es Navidad. Otra vez. Hace un año era una auténtica fanática de estas fechas, decoraba el interior de mi apartamento con un montón de cintas, compraba el árbol más grande que entraba en mi humilde morada, enviaba felicitaciones a todos mis conocidos con una foto en la que solíamos salir mi novio, Frank, mi perro Escálibur y yo. La noche de Nochebuena preparaba una succulenta cena llena de platos de lo más elaborados. Me tiraba en la cocina horas y todas y cada una de ellas con una enorme sonrisa en la cara. Me encantaba preparar todos esos manjares para que luego Frank apreciase mi esfuerzo con un gran elogio y una sonrisa satisfecha. La mañana de navidad, cuando mi querido novio se levantaba, yo ya tenía puestos todos los regalos que me había vuelto loca buscando y envolviendo para que estuviesen perfectos. Y aunque él pensaba que todo era una tontería no conseguía minar ni un ápice mi entusiasmo.

Pero todo eso ya se acabó. Hace seis meses mi fantástica vida se fue a la mierda. Era tremendamente feliz, para mí todo era perfecto. Tenía mi novio, perfecto, mi trabajo, perfecto, mi perro, perfecto, mi casa, perfecta. Todo en mi vida era perfecto. Sin embargo ahora ya no tengo nada. Frank decidió que ya estaba cansado de su vida y mí. En mi trabajo decidieron que ya podían prescindir de mis servicios, según me dijeron estaba demasiado cualificada para el puesto. Y mi amado Escálibur decidió que estaría bien escaparse un día para buscar a una cachorrilla alocada y... le atropelló un coche. Ya no hay nada perfecto en mi vida, ni siquiera mi casa. Tras separarme de Frank abandoné el piso que compartíamos y me mudé a un apartamento lejos de donde vivíamos.

Gracias al puesto de directora de publicidad que tenía pude ahorrar mucho dinero, y ahora puedo permitirme el lujo de estar unos meses sin hacer nada, necesito descansar, aclarar mi mente y decidir qué voy a hacer con mi vida.

A pesar de estar decidida a descansar, al segundo día de estar en casa me agobié y terminé buscando otro trabajo. Nada lujoso, solo algo que me ayude a subsistir. Por ello ahora soy camarera en un Starbucks. Puede parecer que no es perfecto, pero al menos es algo. Algo que me gusta y me llena más de lo que creí posible.

Por fin puedo decir que estoy superando poco a poco todo lo que me

ha pasado. Odiaba a Frank, y aún lo odio, pero creo que ya podría verlo sin tener pensamientos asesinos. Echo mucho de menos a mi perro, pero ya se ha quedado en un bonito recuerdo de todos los hermosos momentos que pasamos juntos. Mi casa no es perfecta, pero ahora está decorada completamente a mi gusto. Ya no hay nada que pueda ser de un hombre, lo único que se les permite hacer es ver la televisión, pero nada de deportes, solo películas y de las clásicas, si alguien quiere ver deportes ¡que se vaya al bar! Aunque nunca tengo visitas. Los que eran mis amigos decidieron que querían seguir estando al lado del perfecto Frank y no al mío. No voy a mentir y decir que no me importa porque al principio me dolió, pero ya no. Ahora soy otra mujer, una que ha aprendido a vivir la vida tal y como viene, sin grandes expectativas, ni sueños.

Mañana es Nochebuena. Y, por supuesto, no pienso hacer nada para cenar. Creo que ni siquiera pienso cenar. Se acabo el pavo, el relleno, la gelatina de arándanos; no pienso hacer nada de nada. Me prepararé una sopa de sobre y algún filete a la plancha y a la cama prontito. Al no tener familia no debo ir a ningún evento donde lo único que haces es repartir sonrisas falsas a gente con la que hablas únicamente una vez al año.

Mis padres fallecieron hace muchos años en un accidente de coche y a mí me crió mi abuela y esta falleció hace tres años de una pulmonía. Así que a los treinta y dos años me quedé sola. Bueno, en ese momento no estaba sola, tenía a Frank. Ahora sí que puedo decir que no tengo a nadie en el mundo. Nunca he estado tan sola, a pesar de que me estoy acostumbrando a ello, echo de menos tener a alguien a quien abrazar por las noches, o que me reciba calurosamente cuando llego a casa del trabajo. Quizás me venga bien adoptar un perrillo, o un gato, un loro quizás, no sé, lo tendré que pensar un poco más.

Miro el reloj que cuelga sobre la televisión apagada y concluyo que se acabó el tiempo de autocompasión. Toca ir a trabajar y hacer que los clientes del café se sientan bien... aunque sea con una bebida caliente y una sonrisa. A pesar de todo lo que me ha pasado en este poco tiempo, sigo sonriendo. La vida puede ser una mierda, pero es una mierda menos pesada si la vives con una sonrisa. Eso es lo que pienso hacer, sonreiré a la vida hasta que la hija de su madre vuelva a sonreírme a mí.

—Hola, Amby. Menos mal que llegas, estoy reventada. Necesito ir a casa a descansar.

Jess, mi nueva mejor amiga me tiende mi delantal mientras se quita el suyo.

—Pues márchate a descansar. Ya mañana no trabajas, ¿verdad?

—No, mañana no me toca. ¿A ti sí? —Asiento despreocupadamente—. Bueno, esperemos que no sea un día muy pesado y que la gente se vaya pronto a casa.

No le contesto, me da igual si la gente se va pronto o tarde. No tengo nada pensado, así que el día será mucho más llevadero y pasará más deprisa si estoy trabajando. Aún así, la cafetería cierra a las tres de la tarde. En ese momento empezará mi auténtico calvario.

Me despido de mi amiga, me pongo el delantal, y el estúpido gorrito de papa Noel que nos hace llevar el encargado desde hace una semana. Me siento súper ridícula, pero si el jefe lo dice, pues hay que llevarlo.

—Hola —dice la voz del que se ha convertido en mi cliente favorito.

—Hola —saludo con mi habitual sonrisa—. ¿Lo de siempre, Jack?

—Sí, por favor.

Enseguida preparo su *cappuccino* con doble de café. Le agrego unas gotitas de esencia de vainilla y le espolvoreo el chocolate por encima que tanto le gusta.

—No hay nadie ahora, ¿te sientas a tomar un café conmigo?

—No debería, pero por ser tú... lo voy a hacer.

Me preparo otro *cappuccino* y me siento en una mesa con Jack, mi intrigante panadero.

—¿Qué tal se presenta la Nochebuena? —me pregunta sonriendo.

—Pues... no pienso hacer nada de nada. Cuando acabe de trabajar me iré a casa y me sentaré ante la tele con un plato de sopa de sobre para ver alguna de las películas que ya tengo más que vistas.

—Mmmm... Mal plan. No deberías pasar esa noche sola. ¿No vas a cenar con tu familia?

—No tengo familia cerca. Estoy sola en este terrible mundo —digo con exagerado dramatismo.

—No, Amby, el mundo no es terrible. Solo es terrible la visión que tienes de él. Puede ser un mundo maravilloso si te lo propones.

Pienso en lo que me ha dicho. Puede que tenga razón, pero para mí seguirá siendo un mundo terrible diga lo que diga.

—¿Cómo puede ser un mundo maravilloso, Jack? Hay demasiada violencia, excesiva pobreza, una hipocresía desmedida, una descomunal falta de empatía y muy poca generosidad. ¿Cómo puedes decir que es un mundo maravilloso?

—No podemos hacer nada para erradicar todas esas cosas. Pero sí podemos ayudar a las personas que las sufren. Mira, por ejemplo, todos los jueves ayudo a una asociación de mujeres maltratadas. Y mañana voy a ayudar en un comedor social repartiendo comida a los más hambrientos. Intentaremos darles una comida digna de recordar para hacerles más llevadera la soledad en estas fechas.

Alucino con todo lo que me cuenta. Un hombre que se levanta todos los días a las cuatro de la mañana, y trabaja como el que más, aún saca fuerzas y energías para ayudar a los demás. No me lo esperaba. Pensaba que el tiempo que tiene libre lo usaba para pasarlo bien con sus amigos, o para buscar novia. Pero no, lo usa para ayudar a otros.

—¡Oye!, mañana podrías venirte conmigo. Si no tienes nada mejor que hacer, que por lo que me has contado no tienes ningún plan mejor. Pasaremos la noche sirviendo comida, lo sé, pero cuando todo el mundo esté servido podremos cenar nosotros y haremos una pequeña fiesta para que todos se diviertan.

La verdad es que su idea es mucho más atractiva que mi plan de tomar sopa de sobre y película de llorar. Sí, puede ser divertido. Además, como él dice, no tengo nada mejor que hacer.

—Sí, me apunto. Dime a qué hora quedamos y dónde, y allí estaré.

—¿Mañana trabajas aquí? —Asiento mientras bebo un sorbito de café—. Pues vengo a buscarte cuando cierres, te llevo a casa para que te cambies y luego nos vamos, ¿te parece bien?

—Me parece perfecto. Ahora te dejo que me toca trabajar.

Me levanto y le doy un beso en la mejilla. Jack ha conseguido alegrar

mi tétrico humor. Pensar que puedo hacer algo con mi vida, algo que no sea auto compadecerme... Además, así puede que tenga la oportunidad de conocer un poquito más a Jack. No busco nada, no necesito otro hombre en mi vida, pero me gustaría conocer a este panadero bonachón.

La tarde en el trabajo pasa rápido. Jack se ha quedado más tiempo del normal, se ha tomado otro café y no ha apartado la mirada de mí. Me ha gustado el calor que desprendía su mirada; cómo se oscurecían sus ojos cuando algún otro cliente me sonreía o intentaba coquetear conmigo. No tiene ningún motivo para estar celoso, si es eso lo que sentía, porque entre él y yo no hay nada más que amistad, además de que nadie tiene nada que hacer conmigo. Hace meses que me encerré en mi mundo y nadie va a poder saltar mi muralla.

Llega el día de Nochebuena. Hace un par de días diría que el fatídico día ha llegado, pero hoy no pienso así. Hoy no me parece tan malo. Pensar en que voy a poder ayudar a los más desfavorecidos, hacer algún bien, aunque sea un mínimo gesto, me ayuda a llevar este día mejor. Ya tengo ganas de que lleguen las tres de la tarde y pueda ver a Jack. Me he levantado una hora antes de lo normal para asegurarme de que todo en mi casa está en condiciones, que no hubiese nada desordenado, ni nada sucio. Como soy bastante perfeccionista he tardado poco tiempo en terminar, por lo que he llegado al trabajo quince minutos antes.

A pesar de que hoy Jack no ha venido a por su café diario, el día ha sido mejor de lo que esperaba. Mis sonrisas no han sido para nada forzadas, cada una de ellas ha sido verdadera.

Una hora antes de que llegara la hora de cerrar Jack ha aparecido con un pequeño paquetito en las manos. Al verle mi sonrisa se ha ensanchado más si cabe. Este hombre tiene algo que me alegra con tan solo mirarme. Sin que me lo pidiera le he preparado un café, tal y como a él le gusta y se lo he llevado a la mesa, acompañado de una magdalena de arándanos.

—Estoy segura de que las que haces tú están mucho más buenas.

—Puede ser. Pero todo lo que toquen tus preciosas manos será un auténtico manjar. De eso sí que estoy seguro.

Sonríó como una tonta. Cada palabra que este hombre me dice origina

una sonrisa en mí. Esto no me pasaba desde... desde que Frank me invitó a ir al cine en la universidad. Aunque ahora que lo pienso bien... en aquella ocasión se me escapaba la sonrisa, pero no notaba este hormigueo en la boca del estómago. ¿Es posible que este panadero sexi, de ojos oscuros y pelo más oscuro aún, me guste? O ¿es que estoy cayendo mala? Sea lo que sea seguro que pronto salgo de dudas. Por el momento voy a centrarme en el hoy, en disfrutar el ahora. Si llegase el momento en el que Jack y yo nos podamos conocer más, no cerraré la puerta. Pero no voy a abrirla sin más, tendrá que ganarse el derecho a llamar a ella siquiera.

Cuando se marcha el último cliente cierro con llave la puerta y termino de recoger todo. Mañana no se abre, pero el local tiene que quedar limpio y perfecto. Todo el mundo se ha marchado, menos Jack. A él le he permitido que se quedase sentado a la mesa mirándome. Por un lado me pone un poco nerviosa cómo me mira, cómo sus ojos me siguen continuamente, pero por otro me gusta ver que me presta atención.

Cuando termino salimos para ir a mi casa. No podemos quedarnos mucho tiempo, el justo para darme una ducha y cambiarme de ropa. Estoy cansada, pero también emocionada por lo que me espera esta noche. Cuando estamos frente a mi puerta, sin demora le invito a pasar, nerviosa por si se me ha olvidado recoger algo.

—Voy a darme una ducha rápida. Siéntete como en tu casa. Hay refrescos y cerveza en la nevera.

—Tranquila. Tómate tu tiempo. No hay prisa.

Me meto en el cuarto de baño y me desnudo. El agua caliente, que limpia el día de trabajo de mi piel, calienta mi sangre, hasta el punto de que empiezo a fantasear con que Jack se mete de improviso en la ducha conmigo. Esto sí que no me había pasado nunca. Con Frank no me hacía falta fantasear, él siempre estaba cerca para calmar mis calentones. Incluso hubo veces que pensé que me leía el pensamiento, era imaginar que se metía en la ducha conmigo y aparecer de la nada. Eso antes me gustaba, no soportaba estar caliente y tener que aguantarme o aliviarme yo misma, pero ahora... parece que ya por fin he madurado y agradezco que Jack no entre en el baño. La expectativa de lo que podría pasar, de poder jugar con él en mi imaginación es... estimulante. Decido dejar de pensar en los posibles y salir de la ducha para enfrentarme al hombre que me espera en el salón. Está guapísimo con

unos pantalones vaqueros negros y un jersey del mismo color que tiene un gracioso reno estampado.

—Ya estoy lista —anuncio para que sepa que estoy cerca.

Me mira con una pícaro sonrisa y repasa mi atuendo de arriba abajo. No es tan diferente del suyo, llevo unos vaqueros negros y un jersey negro, pero el mío no lleva un reno.

—Estás preciosa, pero te falta una cosa.

Abre el paquetito que ha llevado todo el tiempo en la mano. Saca algo negro y cuando lo extiende estallo en una carcajada. Es un jersey igual que el suyo, pero de una talla más pequeña. Aún riendo me quito el que llevo y me pongo el otro.

—Ahora sí que vamos a juego. Estás para comerte.

Se acerca lentamente a mí para arreglarme el jersey perfectamente colocado. Su cara está tan cerca de la mía que puedo sentir su aliento en mis labios. Sé que va a besarme, y si no lo hace seré yo quien le bese. Ya no me importa una mierda el futuro, o lo que pueda pasar, necesito sentir sus labios en los míos o me volveré loca. ¿Me lanzo, o no? Estoy dudando hasta que es Jack quien rompe el momento y la expectativa besándome. Sus labios son tal y como esperaba: suaves, húmedos y sensuales. Compartimos un beso lento, tranquilo. No hay prisas. Ambos estamos viviendo el gran momento, el gran ahora, en definitiva, el gran beso que nos estamos dando. Su lengua busca trémulamente la mía y nos enredamos, con pausa, en un baile sensual. Unos segundos después, o quizás sean minutos, nos separamos con la respiración entrecortada.

—Perdóname si he sido demasiado impulsivo, pero llevo deseando hacer esto desde el primer momento en el que te vi, hace ya cinco meses.

—No te preocupes, yo también lo deseaba. Si no te hubieras lanzado tú lo habría hecho yo.

—Debemos irnos. Tenemos mucho que preparar antes de que se abra el comedor —murmura acariciando mi mejilla con sus ásperas manos.

Agarrados de la mano, y sin dejar de sonreír como un par de adolescentes, salimos de mi casa en dirección al coche de Jack. Cada vez me gusta más este día. Es muy diferente a las Nochebuenas que he vivido hasta ahora, y me gusta.

Llegamos a un local de aspecto exterior humilde. El interior no es mucho más lujoso, está lleno de mesas y bancos para sentarse en ellas. En un lateral hay una barra de acero que impide el paso a una puerta, por la que

supongo se llega a la cocina. El olor a pavo relleno que sale de ahí, junto con el delicioso olor del puré de patatas casero me hace la boca agua. Entramos y rápidamente Jack me presenta a la media docena de personas que allí hay. Unas enormes cajas nos esperan en una mesa donde se encuentran los humildes manjares.

—En el coche tengo el pan —anuncia Jack.

—Perfecto —dice George, unos de los presentes—. Vamos a por él y empezaremos a repartir.

Ambos hombres salen dejándome en la cocina con Linda, Mary, Farrah, James y Jonas, los demás compañeros.

—Me alegra que hayas venido, Amber —me dice Jonas—. Estábamos deseando conocerte, Jack no puede dejar de hablar de ti.

No sé si sentirme acosada o alagada. Si me paro a pensar en lo que siento en este momento... me siento más que alagada. Después del beso que nos hemos dado en mi casa no puedo sentir menos. Pensar que el guapo panadero habla de mí es todo un piropo.

—Antes de que empecemos —dice Jack cuando vuelven cargados con sacos de pan—, os he traído esto para que cojamos fuerzas.

De una cajita saca ocho magdalenas de chocolate decoradas con un glaseado rojo y blanco, es como si los dulces llevaran un gorrito de Papa Noel. Nos pasa una a cada uno y, como si de copas de champán se tratase, brindamos por la gran noche que nos espera.

—¡Está buenísima! —No puedo reprimir la exclamación de placer al notar el relleno de chocolate cayéndome por la garganta—. ¿Las has hecho tú?

—¡Por supuesto! Sé hacer muchas cosas buenas con las manos...

Me acaloro. No puedo hacer otra cosa al imaginar lo que esas grandes manos pueden llegar a hacer en mi cuerpo.

—Venga, empecemos a repartir que la gente no tardará en llegar.

Rápidamente me explican lo que tengo que hacer y me enseñan las raciones que hay que poner en cada bandeja. Me cuentan que yo empezaré en la barra repartiendo las bandejas. No las tengo todas conmigo, no creo que pueda hacerlo bien, pero he venido aquí para ayudar, no para dar más problemas. Además, no creo que sea muy diferente de lo que hago en la cafetería. Allí debo servir los cafés que me piden y aquí unas bandejas que ya están preparadas, la complicación es mínima. Jack me da a probar un trozo de pan y me comenta que lo ha hecho esta mañana, que cuando ha ido a buscarme al trabajo acababa de terminar de hacerlo. El pan que hay lo ha llevado

gratuitamente para todo el que coma allí, así como unas tartaletas de frambuesas que se darán como parte del postre. Como también hay algunos niños les ha hecho especialmente para ellos unas galletas rellenas de chocolate con forma de árbol de navidad. Este hombre es una auténtica caja de sorpresas, y de momento todas están siendo buenas.

En cada bandeja se sirve una ración de pavo, relleno, puré de patatas, una mazorca de maíz, una tartaleta de frambuesa, unas natillas y un trozo de turrón de chocolate. Hacemos trescientas bandejas, pero aún así sobra comida, que dejamos en la cocina para que, si alguien quiere repetir se la podamos dar.

A las siete, James nos dice que ya está la gente esperando fuera, por lo que nos ponemos en marcha y nos colocamos en posición. Jack se coloca a mi lado con un gorrito de Papa Noel.

—Vaya, si lo llego a saber me traigo el del trabajo —digo sonriendo.

—Tranquila, te he traído el tuyo propio.

Saca del bolsillo de su abrigo un gorrito del mismo color que el suyo, con la diferencia de que el mío tiene dos trenzas blancas, una a cada lado de la cabeza. Me gusta que piense en mí hasta para una tontería así. Creo que nadie ha velado tanto por mis deseos. En mis navidades anteriores era yo quien pensaba en todo el mundo. Yo tenía que hacer la compra, la comida, decorar la casa, preparar la mesa, servir la cena y luego recogerla. Yo era quien lo hacía todo, y, aunque lo hacía con gusto, siento bien que haya alguien que piense en mí y me traiga un gorrito navideño.

Cuando las puertas se abren, lo primero que me viene a la cabeza es la gente que hace cola ante los establecimientos el *Black Friday*, todos esperando ansiosos a que abran las puertas para intentar ser el primero en entrar, arrollando a su paso a todo el que se ponga en su camino. Pero aquí no es así. A pesar de que es gente que no tiene nada, que seguramente pasen hambre, entran con calma, guardando su turno en la cola, sin aglomeraciones ni estrés, con tranquilidad. Con cada bandeja que entrego recibo un «muchas gracias» y un «feliz Navidad». Yo antes lo tenía todo: dinero, una buena casa, un buen trabajo, un hombre que siempre me calentaba la cama; nunca pasaba frío y nunca tuve hambre. Pero ahora me doy cuenta de que no era feliz. Sigo sin pasar necesidades, ni apuros económicos, pero el no tener exceso de nada te hace ver lo que es la vida en realidad. He de tragarme las lágrimas cuando algún niño viene a recoger su bandeja. Ver la cara de felicidad cuando ven la comida, y las sonrisas cuando ven su galleta en forma de árbol, alegra mi marchitado corazón. Muchos vienen a por más, pero ninguno desperdicia la

comida.

De pronto un hombre con la ropa algo ajada se acerca y me pide un poco más de pavo, cosa que sin duda hago. Me explica que es para su perro que está fuera esperando. Esto me recuerda a mi querido Escálibur, él tuvo una buena vida y nunca pasó hambre, a cambio, siempre me dio su amor incondicional. Sin pensarlo, ni preguntar a nadie, le digo que haga pasar al perro, incluso voy con él a la puerta a recogerlo. Al principio algunos nos miran, James y Jack los primeros. Así que me acerco a ellos para explicarme.

—Ese perro también es un ser vivo que siente hambre y frío. Lo siento, pero no puedo dejarlo en la calle. Yo tuve un perro y sé lo cariñosos que son y cómo agradecen estas cosas.

Ambos sonrían y no se niegan a que el animal esté dentro con su amo. Jack, mi guapo panadero, se aproxima a mí y agarrándose a mi cintura me besa suavemente en los labios, lo que hace que el comedor se llene de coros y jaleos que me hacen sonreír.

—Eres preciosa ya de por sí, pero cuando sonríes puedes iluminar toda la ciudad. —Sonríó aún más ante el piropo de Jack.

De pronto se oye una algarabía y unos gritos de los niños. Nos giramos y vemos aparecer, ni más ni menos que, a ¡Papa Noel!

—Empieza el espectáculo... —me susurra Jack al oído colocándose a mi espalda y pasando sus manos por mi cintura.

Durante no sé cuánto tiempo Papá Noel reparte regalos a todo el mundo. Mantas, gorros, bufandas, jerséis, y todo tipo de ropa de abrigo para los mayores y los niños. Pero para estos hay más, coches, pequeños camiones y muñecas.

—Son gente habitual que vienen prácticamente todos los días a comer o cenar. Por eso sabemos lo que regalarles a los niños. —Jack responde a la pregunta que no me ha dado tiempo a formular.

Incluso hay un regalo para el perro de hombre que me ha pedido la comida antes, en este caso es un hueso para que se entretenga y un vale para que lo esterilicen en una clínica veterinaria.

—¿De dónde habéis sacado el dinero para todas estas cosas?

—La mayoría son de donaciones de la gente de por aquí. La comida la hemos donado nosotros y la hemos hecho nosotros también. Lo del perro es cosa mía. La esterilización se la harán en la clínica que tiene mi hermana no muy lejos de aquí.

—Es increíble todo lo que hacéis aquí. Sois unas personas

maravillosas.

—No, lo único que queremos es hacer que un día tan especial como este sea todo lo maravilloso que puede ser para estas personas. Sin nosotros, muchos de los aquí presentes no habrían cenado hoy. —Con cuidado me gira entre sus brazos para que pueda mirarle a los ojos—. Espero haber cumplido mi promesa y haber conseguido que tu día haya sido maravilloso, o al menos que hayas pasado un buen día.

—Ha sido maravilloso. Muchísimas gracias por haberme traído.

Esta vez soy yo quien le besa. La gente está tan entretenida con sus regalos que esta vez no hay vítores. Es un beso tranquilo, pero sensual. Un beso que anticipa algo que ahora mismo no puede ocurrir, así que, con pena, me separo de él. La promesa de que esta noche sea más que maravillosa está hecha, y yo estoy más que dispuesta a recibir todo lo que este magnífico hombre me quiera dar.

Como me dijo Jack, tras los regalos se reparte una copa de champán para cada uno. A los niños les ponemos un poco de zumo en unas copas iguales y cuando todo el mundo está servido brindamos por la Navidad, por la estupenda noche que estamos pasando y porque el año que empieza en pocos días sea mucho mejor y todos los que allí están consigan salir adelante. Poco después Jack y yo nos vamos a cenar, los demás ya lo han hecho para dejarnos este momento de intimidad.

—La comida estaba buenísima —digo al terminar.

—Sí, Jonas es un gran cocinero. Cuéntame qué abrías hecho hoy de no estar aquí.

—Bueno... la verdad es que no tenía ganas de celebraciones. Pensaba hacerme algo rápido para cenar y después ver una película, o directamente meterme en la cama a ver si pasaba rápido la noche.

—¿En serio? ¿No tienes familia con la que ir? —Niego con tristeza—. ¿Y todas tus navidades han sido así?

—No. Hasta hace seis meses yo tenía una vida que consideraba perfecta. Tenía un novio, que se suponía que me quería; un perro al que adoraba; una casa perfecta y un trabajo que me llenaba. En estas fechas yo siempre preparaba una gran cena para los dos, de la que la mitad iba a la basura. Después íbamos a alguna fiesta superficial, de la que no disfrutaba en absoluto, y luego a la cama.

—Siento que este año no haya sido así...

—¡No! Esta navidad ha sido la mejor que he pasado en mis treinta y

cinco años de vida. De verdad.

—Aún puede ser mejor... —promete.

Cuando acaba la noche estoy agotada. Ya todo el mundo está acostado. Incluso ha habido gente que ha llegado un poco más tarde, y aún así le hemos dado de cenar y puesto unos colchones en el comedor para que puedan pasar la noche. No podíamos dejar a nadie en la calle. Ahora vamos de camino a mi casa. Hace seis meses que no me sentía atraída por un hombre, y Jack ha conseguido penetrar en mí en un solo día. Cuando llegamos a la puerta de mi apartamento tengo sentimientos contradictorios, no quiero lanzarme y estrellarme contra un muro. Aunque ya nos hayamos besado me da miedo que me rechace. Por otro lado me apena que se vaya, no quiero que se aleje de mí. Con él me siento muy cómoda, querida, especial; sentimientos que desde que conocí a Frank no sentía.

—Muchas gracias por este día —digo al llegar a la puerta—. Ha sido un día fantástico.

—¿Solo fantástico? Creo que algo no he hecho bien...

Suelto una pequeña carcajada, sé lo que quiere decir, y solo por ver esa preciosa sonrisa que tiene le voy a dar el gusto.

—Ha sido un día maravilloso.

—Eso está mucho mejor. Pero no quiero que esto acabe aquí.

—Jack... yo...

—Amber, lo que quiero decir es que no solo quiero hacerte pasar un día maravilloso. Lo que quiero es hacer que tu vida sea maravillosa, todos y cada uno de tus días. —Se acerca y rodea mi cintura con los brazos—. Me enamoré de ti el primer día que te vi en la cafetería. Haber podido pasar este día contigo ha sido el mejor regalo de navidad que me podrían haber hecho, pero poder pasar el resto de mi vida a tu lado sería cumplir un sueño que creía imposible.

Este guapo panadero me desarma, sabe lo que tiene que decir para hacerme sentir especial.

—Sí, yo también quiero que hagas todos mis días maravillosos. Aunque con que estés en mi vida sé que lo serán —murmuro con un hilo de voz.

Y así, pasando un día de Nochebuena diferente, un hombre al que no buscaba, consigue que mi vida sea realmente maravillosa. Lo que nos depara el futuro no lo sé, nunca me ha gustado no saber algo, pero esta vez estoy

decidida a dejar que Jack, mi panadero, haga maravillosos todos y cada uno de mis días.

POR TI Y PARA TI

Esta carta va dirigida a ti. Al amor de mi vida. Nunca se me ha dado bien expresar sentimientos, como tú dices, es cosa de hombres, y tienes toda la razón. Jamás he necesitado explicar nada *sentimentaloide* a nadie. Mi vida ha sido todo un vivir la vida, y lo sabes. No puedo decir que esté muy orgulloso de haber sido un picaflor, de haber pasado de una cama a otra sin casi darme cuenta, pero, desde el día en que te conocí, supe que todo eso, que esa vida, se había acabado.

Te vi entrar en el café y me quede... sin palabras. Nunca pensé que hacer algo tan rutinario como ir a mi cafetería favorita a por mi café matutino sería una de las mejores cosas que he podido hacer en toda mi vida. Entraste con un pantalón vaquero ajustado y una simple camiseta blanca de manga corta, sin lujos ni extravagancias. Cualquier otro hombre no se habría fijado, ya que no ibas súper escotada, ni enseñando pierna, pero yo sí que me fijé en ti. No podía dejar de mirar a la mujer más guapa que he visto jamás. Tu magnetismo me obligó a olvidarme de todo el mundo que había a mi alrededor, ni siquiera presté atención a mi hermana que estaba sentada frente a mí. Es más, te voy a confesar que me cabreeé un poco con ella, porque me impedía ver tus sexis andares.

Nunca se me olvidará la elegancia con la que sentaste tu enjuto cuerpo en la silla, en una de las mesas más alejadas de mí. Odié el espacio que nos separaba; odié la silla en la que estabas sentada; odié la brisa que movió tu pelo negro; y, por supuesto, odié al camarero que te sonrió cuando fue a tomar nota de tu pedido. Cuando le devolviste la sonrisa a ese tipo creí que me moría. Nunca había visto una sonrisa tan bonita, tan perfecta. Con tan solo un movimiento de tus labios conseguiste iluminar todo mi mundo. Hiciste que la tierra, en la que se asentaba todo temblara. En ese mismo instante supe que debía hablar contigo, saber tu nombre, oír tu voz, invitarte a cenar e intentar que te enamoras de mí. En mis treinta años nunca había pensado en una mujer como algo permanente. Siempre he buscado algo temporal, un polvo rápido para satisfacer mis más primitivos instintos, pero contigo quería algo más. Supe que tú necesitabas algo mejor que el hombre que siempre he sido.

Conseguí que mi hermana dejara de hablar, tras más de diez minutos ignorándola. Sí, en tan solo diez minutos supe que la mujer de la que no podía apartar la mirada era mi mujer ideal. Tuve que respirar tres veces

profundamente antes de conseguir la confianza necesaria para levantarme e ir a hablar contigo. Aún me río cuando recuerdo que pensaste que era un camarero y me dijiste que ya te habían tomado nota. En otro tiempo, si hubieses sido otra mujer, me habría sentido insultado, pero me recompensaste con una preciosa sonrisa, y eso lo compensó todo. Tuve que hacer un esfuerzo hercúleo para no echarme a reír, pero lo conseguí y te pedí permiso para sentarme contigo.

Ahora que me estoy sincerando debo decirte que no escuché demasiado lo que me dijiste. No podía dejar de mirar el movimiento de tu boca al hablar, como se iluminaban tus ojos cuando sonreías, y como movías las manos enfatizando tus palabras. Rezumabas sensualidad por todos los poros, nunca había visto a alguien como tú. En la hora que pasamos sentados en aquella cafetería memoricé cada rasgo de tu cara. Como cambiaban de color tus ojos cuando algún rayo de sol te daba en la cara. Conté tus pecas, seis concretamente, cada una de un tono distinto de marrón, dos en la mejilla izquierda, una muy pequeña sobre la nariz y tres repartidas por la frente. Pude ver como el rojo de tus labios era natural, ningún lápiz de labios podría imitar ese precioso color rojo. Ví como tus pestañas revoloteaban cada vez que parpadeabas ocultándome esos ojos tan fascinantes. Ese día fue el primero de mi vida, la primera vez que suspiré por una mujer. Cuando conseguí reunir la confianza necesaria para invitarte a salir estaba súper nervioso. Siempre he sido un hombre seguro de mí mismo, la confianza y yo éramos amigos íntimos, pero con solo una mirada tuya conseguiste que todo eso desapareciera.

El día que llegó nuestra cita estaba que me subía por las paredes. El temor a que te arrepintieras, a que decidieras que no era buena idea salir con un tío como yo, superaba mi confianza. Pero llegaste. Estabas más que espectacular con un vestidito negro que se ajustaba a la perfección a tu cuerpecito. Cenamos... no recuerdo lo que cenamos, no te voy a engañar, podríamos haber cenado carne cruda y no me habría dado ni cuenta. Lo único que podía hacer era mirarte. Me desviví para intentar hacerte sonreír. Cada vez que lo conseguía pensaba que algo malo tenías que tener, porque no podía existir alguien tan perfecto como tú. No voy a ser cursi y voy a decir que eras como un ángel, eso ya está muy visto, pero sí que te voy a decir que me tenías obnubilado, absorto, alucinado, obsesionado. Todos y cada uno de mis pensamientos iban dirigidos a ti. No voy a negar que estaba deseando llevarte a la cama, pero no para echarte un polvo rápido, sino para hacerte el amor. Para poder adorar tu cuerpo como se merecía, pero, por extraño que me

pareciera, no quería correr contigo, prefería ir despacio y ganarme tu confianza.

Esa noche me fui solo a la cama. Cuando entré por la puerta de mi casa pensé que me estaba volviendo loco. No creía posible que una simple cita con una mujer a la que no conocía me hubiera cambiado tanto. Para mí, salir una noche había sido siempre ir a un bar, pub, o discoteca, para ligar con algún bombón, llevarla a casa y hacerle perder la cabeza hasta que yo acabase extasiado. Pero esa noche no quería nada de eso. Lo que quería era cortejarte, aunque no tuviera muy claro lo que esa palabra significaba. Quería llevarte a cenar, comprarte flores, ir contigo al cine, o a ver museos, o lo que fuera que te gustase. Esto te explica por qué fui tan pesado con mis preguntas. Necesitaba saber qué cosas te gustaban para poder complacerte.

Sé que mis formas no fueron del todo adecuadas, reconozco que espiar en tu cuenta de *Facebook*, o de *twitter* no estuvo bien, ni tampoco registrar tu casa en busca de pistas, pero estaba desesperado, espero que ahora me entiendas. Tenía que conocer todo lo posible y cuanto antes. ¿No se dice eso de que las situaciones desesperadas requieren medidas desesperadas? Todo se compensaba cuando te sorprendía con un ramo de tulipanes amarillos, tus favoritos; o cuando te llevé a cenar a tu restaurante favorito; ¿Te acuerdas de que siempre que subías a mi coche tenía una canción que te gustaba?, ¿de dónde crees que sacaba la idea? Todo lo que hacía lo hacía por complacerte. Y lo seguiré haciendo hasta que Dios me lo permita.

El día que nos acostamos por primera vez estaba muy nervioso. Nunca olvidaré ese cuerpo de diosa que me dejaste disfrutar y que me dio tanto placer. Por una vez en toda mi vida, me centré en tu placer, en hacer que disfrutaras tú, sin preocuparme de mi placer propio. Desde ese día me obsesioné en memorizar todos y cada uno de los gestos que hacías cuando te estaba haciendo el amor. Tus gemidos se han quedado grabados en mi mente como la más bella melodía que haya podido oír en mi vida. Aunque el mejor recuerdo que tengo, ese que nunca conseguiré olvidar, es cuando me dijiste que me querías por primera vez. Creí que me estallaba el corazón. Nunca pensé que una mujer tan maravillosa como tú pudiera fijarse en un simple mecánico como yo, frío, distante y, a veces, borde, pero que se derretía por ti cada vez que te veía.

Poco después de oír por primera vez esas palabras supe que era el

momento de decírtelas yo. Debías saber lo que sentía por ti, y por eso, a pesar de que no se lo había dicho a nadie, nunca, te dije esas dos palabras que no pensé que diría nunca: TE QUIERO. Fue una sensación extraña. Esas dos palabras me hicieron sentir extraño y a la vez me quitaron un peso de encima. Me encantó ver el brillo en tus ojos, la sonrisa en tus labios, y la lágrima que rodó por tu. Con esas simples sílabas te hice feliz y eso me gustó. Desde que vi lo que decir «te quiero» hacía en ti no pude parar de decírtelo así que: Te quiero, te quiero, te quiero, te quiero, te quiero, te quiero. Te lo diré una y mil veces. Nunca me cansaré de decírtelo. He pasado de ser un hombre que nunca decía lo que sentía, que huía de sentimientos y de la sensibilidad de las mujeres, a no poder pasar un día sin decirte que te quiero. Ahora no me siento incómodo hablando de mis sentimientos, aunque solo contigo. Ante los demás sigo siendo yo. Reconoce que te hacía gracia esto. Te gustaba picarme, ponerte melosa y cariñosa delante de los amigos para que te correspondiera, y, como tú eres mi única debilidad, siempre te salías con la tuya. Conseguías que te besase, que te acariciase, y que te hiciera carantoñas ante todo el mundo. Ahora te confieso que me gustaba hacerte mimos ante los demás; me gustaba demostrarle a todo el mundo que eras mía, que solo tú podías disfrutar de esas cosas, a pesar de que tenía que aguantar las burlas de los chicos. Pero me daba igual lo que dijeran, porque sabía lo que me esperaba al llegar a casa. Las muestras de cariño que te profesaba conllevaban que tú me mostrases tus dotes más ocultas... ya sabes a qué me refiero, gatita.

El día que te pedí que te vinieras a vivir conmigo, te prometo, que no fue planeado. Simplemente me levante ese día, vi la foto que nos hicimos en la playa la primera vez que fuimos, y lo supe. Supe que quería tener más fotos nuestras por todas partes; supe que quería ver tu ropa en mi armario; tus libros en mi vacía estantería para libros; tus discos entre los míos; levantarme por las mañanas y verte moviendo el culo en la cocina al son de cualquier canción que sonase en la radio; quería irme a la cama y verte tumbada en ella con uno de tus pijamas de dibujitos, o de gatitos, o de perros, o corazones. Hasta eso te queda bien. Aún no he conseguido encontrar algo que no me guste de ti. Quería notar cómo me abrazas por la noche y oírte gemir de placer absoluto cuando te correspondiera apretándote contra mí. Por eso, cuando ese día fui a buscarte al trabajo no pude resistirme a comprarte tus flores favoritas y pedírtelo sin rodeos. Fui directo al grano, sin preámbulos. ¿Para qué iba a andarme con

rodeos, si estaba convencido de que me dirías que sí? Y lo hiciste. Y me hiciste feliz.

Los días que siguieron a tu mudanza fueron complicados, ¿para qué te voy a mentir? No estaba acostumbrado a vivir con nadie, nunca lo había hecho. Y, desear algo, no es suficiente para no perder la paciencia. Me exasperé muchas veces, incluso discutimos como nunca lo habíamos hecho. Llegué a pensar que no íbamos a poder seguir juntos. Los chicos me dijeron mil veces que la convivencia no es fácil, pero yo le resté importancia. Creía que exageraban, que lo decían solo porque no sabían de qué estaban hablando. Pero tenían razón, la convivencia es difícil, exasperante, ardua, peliaguda, espinosa y mil adjetivos más.

Hubo momentos en los que pensé que te perdía. Para mí, un hombre que estaba acostumbrado a vivir solo, fue difícil acostumbrarme a bajar la tapa del retrete, a no poner los pies sobre la mesa, a vestirme, aunque fuera con unos pantalones de chándal y una camiseta, antes de sentarme a cenar... todo eso parece simple, pero para mí no lo fue. Y cuando conseguí acostumbrarme a todo eso, sobre todo a vestirme —ya sabes lo mucho que me gusta andar en calzoncillos por casa cuando hace calor—, decidiste que no te molestaba que anduviera sin ropa. ¿Pretendías volverme loco? Claro que sí. De pronto te daba pena desaprovechar las vistas de mis pectorales no marcados, de mi barriguita, del pelo de mi pecho. Que conste que esto no es una queja, pero, ¡joder, decidete!

Nunca me acostumbré, después de tanto tiempo, a las visitas de tu madre. Le encantaba sacarme de mis casillas y, como ya sabes, la paciencia con la gente no es una de mis mayores virtudes. Pero por ti, y por el amor que te tengo aguanto lo inaguantable. ¿Eso no te demuestra lo mucho que te quiero? Espero que sí, porque si no estoy haciendo el canelo.

Al fin nos conseguimos acostumbrar, hacernos el uno al otro, a nuestras manías y deseos. Ya pensaba que todo iba a estar bien. Ya no discutíamos, conseguimos establecer una rutina. Yo te hacía el desayuno antes de irme a trabajar, y tú preparabas la comida. Yo hacía la compra antes de ir a recogerme al trabajo y tú me preparabas unas cenas deliciosas.

Hasta que todo cambió de repente. Él hizo su aparición y nuestra rutina, y nuestra comodidad, se fue a la mierda. Te entraron las dudas. Yo no sabía qué hacer. Veía como el amor de mi vida, como todo lo que tenía y

ansiaba, se me escurría de los dedos como el agua. Toda esa situación era nueva para mí. Entraste en mi vida arrollándome como un tren de mercancías para luego dejarme tirado como a una bolsa de basura en el cubo de la calle.

Aunque me dolió en el alma te dejé marchar. Necesitabas espacio, pensar en lo que necesitabas. ¿Recuerdas qué fue lo único que te pedí? Sí, solo te pedí que escucharas a tu corazón, arriesgándome a que le eligieras a él. Me expuse ante ti. Te lo entregué todo y me lo jugué todo a una carta.

Las semanas que estuve sin ti fueron las peores de mi vida. Ni siquiera recuerdo cuando fue la última vez que lloré por algo, no digamos por alguien. Pero por ti lloré como un niño. Esto nunca te lo he contado, pero pasé tres días encerrado en casa. En el trabajo dije que estaba enfermo, y de verdad que lo estaba. Me dolía todo el cuerpo, no conseguía dormir, no podía comer, ni leer, ni ver la televisión. Lo único que veía era tu cuerpo tumbado en mi cama, acaparando más de la mitad del lecho; te veía cocinando con la radio a todo volumen; sentada en el sofá sobre tus piernas, leyendo uno de esos libros románticos que tanto te gustan; frente al ordenador mirando las novedades de libros, intentando decidir cuál iba a ser tu próxima víctima; veía tu cuerpo estirado en el suelo, sobre la alfombra, con la cabeza apoyada en mis piernas —nunca entendí tu manía de tumbarte en el suelo en vez de en el cómodo sofá—; te veía a través de la mampara de la ducha mientras lavabas tu precioso cuerpo. Cualquier cosa, y a cualquier sitio al que mirase, me recordaba a ti. No sabía cómo iba a poder superar lo nuestro.

Toda esa situación me recordó por qué pasaba de las relaciones, por qué no quería implicarme emocionalmente con nadie. A pesar de no haber tenido que pasar por nada así, nunca, sabía que esto podía pasar. En una relación esporádica no tienes que tener miedo, todo es mucho más sencillo. Sueltas cuatro frases acertadas, la miras con deseo, te la llevas a casa, disfrutas de una noche loca, la haces disfrutar a ella, y luego la acompañas a casa, o le pides un taxi si no vive muy lejos. Como ya he dicho todo es mucho más sencillo. Pero tuviste que llegar tú para cambiar mi vida. Te propusiste ponerlo todo patas arriba, arruinar mi comodidad, mis rutinas, todo mi mundo, para luego no saber si querías estar conmigo. Llegué a odiarte. Mucho. Pasé de la pena al odio en cuestión de días. Odié ver tus fotos en mi salón; odié oler tu perfume en mis sábanas; odié ver todos tus productos en mi cuarto de baño. Te fuiste de mi casa llevándote solo tu ropa y tus libros, y dejando allí todo lo demás. Quise guardar todas tus cosas en cajas, de verdad que quería

hacerlo. Incluso bajé a la panadería de debajo de casa y guardé todo lo que encontré en el cuarto de baño y en el dormitorio. Pero cuando llegué al salón y empecé a guardar tus discos la pena volvió y lloré de nuevo. Tuve que dejar lo que estaba haciendo y sentarme en el suelo para llorar a gusto. Lloré durante horas a solas en la oscuridad de mi casa. Terminé dejando tus discos y tus fotos en su sitio. No me veía capaz de tocar absolutamente nada que te perteneciera. Era... era como si me quemase, como si una fuerza me impidiese acercarme a ellas, salvo para poder admirarlas desde cerca. Era como estar en un museo, te puedes acercar a los cuadros, admirarlos de cerca, pero no puedes tocarlos.

Miraba una y otra vez tus fotos, me deleitaba, y atormentaba, con los recuerdos de esos días en los que tan feliz parecías. Esas sonrisas eran única y exclusivamente para mí. Fui yo quien te las provocó. Yo quería, no, NECESITABA, que fueras feliz. Y si esa felicidad la encontrabas en los brazos de otro hombre...debería dejarte marchar.

Después llegó la ira. Destrocé todo lo que pude encontrar, entre las cosas que destrocé estaba mi mano. Sí, me machaqué los nudillos contra una de las paredes. ¿Por qué? Te preguntarás. Pues muy sencillo: lo hice porque lo único que quedaba intacto en casa eran tus recuerdos, lo único que me quedaba de ti; cosas que no podía tocar, eran sagradas.

Un día, y esto no lo sabes, me encontré con tu hermana. Fue una de las pocas veces que salí de casa. En esa ocasión volvía a casa del trabajo. Al principio la miré, pero no la vi. No estaba en condiciones de ver nada, vivía en una nebulosa en la que mi vida era un borrón lleno de conversaciones lejanas y manchas inconexas. Tras unos segundos en silencio, ella se acercó a mí. Por unos instantes creí que eras tú, siempre te dije que tu hermana y tú sois muy parecidas. No podía creerme que te tuviera ante mí. Las piernas me flaquearon, la respiración se me atascó en los pulmones y el corazón se me desbocó. Pero todo se aplacó al ver que no eran tus ojos marrones, que se ponen verdes cuando les da el sol, no era tu melena morena, ni tus seis pecas. Cuando me di cuenta de todo eso mi cuerpo volvió a su estado de letargo. Se acercó y me saludó con dos besos. Pude oler en ella tu perfume, fue tenue, pero estaba ahí. Nunca podría olvidar ese olor, el olor del perfume que yo te regalé, ese que tu hermana me ayudó a elegir.

En cuestión de segundo pasé por las cinco fases del duelo:

Me negué a creer que te acordabas de mí.

Me cabreeé conmigo mismo al pensarlo, ya que estabas con otro.

Negocié conmigo mismo un pequeño pacto: si consideraba la opción de que aún me recordabas, yo superaría todo.

Me deprimí al comprobar que estaba sientiendo un auténtico iluso.

Hasta que acepté que no estabas conmigo y que estabas buscando tu felicidad.

Experimenté todas esas emociones en cuestión de pocos segundos, patético, ¿verdad? Pero todo quedó obsoleto cuando tu hermana comenzó a hablar. Al principio no comprendía lo que me estaba contando.

¿Me echabas de menos? Eso era imposible.

¿No habías vuelto con el otro tío? Me estaba mintiendo.

¿Desde que me dejaste habías estado sola? Creía que habías ido a refugiarte en sus brazos.

No contesté a lo que me preguntaba, ni siquiera sé si me despedí de ella. Llegué a casa sin darme cuenta de que mis pies se estaban moviendo. Allí la ira y la rabia volvieron. ¿Por qué me estabas haciendo todo esto? Si era verdad que no habías estado con ese otro tío, y que me echabas tanto de menos ¿por qué no estabas a mi lado? ¿Por qué coño me estabas haciendo sufrir de esa manera? No entendía tus motivos, ni tus razones, pero no podía presionarte. Me senté en la terraza, pero ya no lloraba. Me convencí a mí mismo de que tenía que ser un hombre fuerte. Debía volver a ser yo, demostrarte que yo era lo que tú siempre has necesitado que sea.

Cuando entraste por primera vez en mi casa, cargada de maletas, la ilusión, una ilusión que nunca había sentido, me embargó. Conseguí amoldarme a ti, a tus horarios, a tus cambios de humor, a tu desorden, a ese sentido del humor tuyo tan negro. Conseguiste hacerme a ti, hiciste que me acostumbrara a ti, cambiaste toda mi vida para luego marcharte. Por ti había empezado a ver series de televisión que nunca pensé que vería; por ti dejé de ir los sábados con los chicos a jugar a las cartas; por ti cambié mis sueños, antes consistían en ahorrar el dinero suficiente para comprarme el coche de mis sueños, pero desde que tú apareciste en mi vida, todo lo que deseaba era

hacerte feliz y darte todo lo que querías, y necesitabas. Por ti cambié toda mi vida. Por ti decidí luchar. Si hacía falta me arrastraría hasta conseguir hacer que volviese conmigo.

Más decidido que nunca llamé a tu hermana, necesitaba saber dónde estabas, ya que ni siquiera me habías dicho dónde vivías. Aún no entiendo por qué me sorprendí al saber que vivías con ella en su casa. Una parte de mí se sintió muy aliviado al saber que ella iba a cuidar de ti. Me afeité, me puse esos vaqueros que tanto te gustaban, el polo que tú misma me regalaste y fui a comprarte un ramo de tulipanes.

Tengo que reconocer que estaba más nervioso que nunca, ni siquiera cuando te pedí que salieras conmigo por primera vez. En esta ocasión me jugaba la vida, sin ti sabía que no iba a poder seguir adelante. Pasé tres meses sin ti y no conseguía levantar cabeza. Si no conseguía que volvieras conmigo... bueno, no sabía cuál iba a ser el siguiente paso.

Llegué a la puerta de la casa de tu hermana cargado de determinación y un ramo de flores. Llamé a la puerta intentando sonreír. Sonrisa que se volvió genuina cuando te vi ante mí. Estabas preciosa, con un vestido rojo con vuelo y unos zapatos de tacón del mismo color. Creí que me estabas esperando, que este vestido era por mí. Pero me equivocaba, no era a mí a quien esperabas. Le esperabas a él. Por él llevabas ese color tan alegre, no por mí. En cuanto lo entendí todo me fui, no antes sin darte las flores que con tanto amor compré para ti. No pude volver a casa, todo me recordaba a ti. Pasé horas en un bar ahogando mis penas en alcohol. Y lo conseguí, al menos durante un rato, hasta que la resaca pasó y mi mente se aclaró, y tú volviste a ella.

Esta carta va dirigida a ti, al único amor de mi vida. Por mucho que me hicieras sufrir nunca conseguí sacarte de mi mente, ni de mi corazón. Esto es para contártelo todo. Necesito que lo sepas antes de...

Tres días antes de que te marcharas fui a una joyería y te compré el que yo pensaba que era el anillo perfecto para ti. Sí, es lo que piensas. Pensaba prepararte con mis propias manos una cena, iba a poner velas por todo el salón, apagar las luces, y, después de cenar, pedirte que te casaras conmigo.

Siempre he sido anti matrimonio. Pensaba que los que se casaban lo hacían para tener beneficios fiscales, o para sacar dinero; Pero tú me demostraste que también hay gente que se casa por amor. Yo lo iba a hacer por el amor que sentía por ti. Aunque, por lo visto, tú no sentías lo mismo por mí.

La llegada de tu ex fue la excusa perfecta para alejarte de mí. ¿Tan terrible era hablar conmigo? Si me hubieses pedido tiempo, si me hubieses dicho que no estabas preparada para dar ese paso, pero no te hubieras marchado de mi lado, te habría dado todo lo que me hubieses pedido. Pero no, tu lo único que querías era alejarte. Ahora entiendo por qué te lo llevaste todo menos las fotos de los dos juntos. También me doy cuenta de que no dejaste tus discos, solo se quedaron los que yo te regalé.

Te odié. Dios sabe cuánto te odié. En esa ocasión sí que pude deshacerme de todo lo que me recordaba a ti, incluso cambié de casa por ti. Aunque quería, no pude quemar ni tirar todas tus cosas, por lo que te lo mandé. ¿Te llegaron? Lo que hicieras con ellas no me importa, eran tuyas, todas y cada una de ellas.

Aquí y ahora, tumbado en esta maldita cama, he conseguido librarme de toda esa ira y todo ese rencor. Ya no te odio. No podría odiar a la única mujer que le dio sentido a mi vida, a la única persona que consiguió ver más allá de un mecánico rudo y malhablado. Tú, y solo tú, conseguiste sacar a la superficie mi lado romántico, e incluso ñoño. Me enseñaste que en la vida existe algo por lo que luchar. Yo te encontré a ti y luché por mantenerte a mi lado. Pero perdí, y con ello todo por lo que luchar.

No quiero que, con lo que te voy a contar a continuación, te sientas mal. Lo único que quiero es que comprendas el por qué de todo lo que va a pasar. ¿Preparada? Seguro que no. Hace dos meses empecé a sentirme mal y fui al médico. Sabes que nunca me ha gustado ir al médico, así que te puedes imaginar lo mal que estaba. Me hicieron pruebas y me descubrieron unas manchas en los pulmones. Cáncer. No es operable, ni tiene tratamiento alguno. Por mucho que quisiera luchar no conseguiría nada, solo cansarme, agotarme, y no habría podido escribirte todo esto.

Como ya te he dicho: no quiero que te sientas culpable. Todo lo contrario. Quiero darte las gracias. Gracias por enseñarme lo bonita que puede ser la vida. Gracias por mostrarme lo que se siente al amar y al ser amado. Por ti sufrí como no había sufrido antes, pero te quiero, te quise y te querré siempre. Por eso sé que hiciste lo mejor al irte con él. No habría podido soportar hacerte daño. Mi enfermedad te habría hecho sufrir y eso no me lo podría haber perdonado.

Te escribo esto para que sepas que eres una mujer maravillosa que se merece ser feliz. Te juro que si ese hombre te hace daño volveré de donde esté y me ocuparé de él, y sabes que soy un hombre de palabra, que siempre cumple sus promesas.

No quiero que llores, sino que me muestres esa preciosa sonrisa que tienes.

No quiero que te culpes, sino que cumplas todos tus sueños y anhelos.

No quiero que sufras, sino que seas la mujer más feliz que haya existido y que existirá.

Te estaré esperando, cuando sea tu momento allí estaré para ayudarte a cruzar al otro lado, si es que existe. Estaré por ti y para ti SIEMPRE.

Sé feliz mi vida. Lucha por tus sueños y yo los disfrutaré contigo.

**UNA Y MIL
NOCHES**

Adoro la sensación de su mano en mi culo. Solo él sabe cómo excitarme incluso estando dormido. Inconscientemente empieza a moverla en círculos, acariciándome, parece ser que está soñando algo divertido. Espero que esté jugando conmigo, o al menos con alguna mujer que esté a mi altura, no sé una Scarlet Johansson, o algo así. Yo no me muevo, quiero disfrutar un poco más esta sensación, antes de darme la vuelta y devorarle la boca... y lo que no es la boca. Murmura entre sueños algo ininteligible, que está a medias entre un susurro con sabor pecaminoso un gemido. Sé que el sueño que está teniendo no le perturba en absoluto.

Aún recuerdo la primera vez que nos vimos. Estábamos en un bar, yo con mis amigas y él con sus colegas. Todos llevábamos unas cuantas copas de más, la música sonaba con fuerza, retumbaba por todo el local haciendo que las conversaciones fuesen casi imposibles. Tampoco era necesario. Le vi enseguida, era muy fácil fijarse en él. Era, y es, alto, moreno de pelo corto, sonrisa guasona y mirada pícaro. Nuestros ojos se cruzaron y todo estalló entre nosotros. De pronto, como si los dioses de los pub anhelaran nuestro acercamiento, la música cambió; pasó de ser rápida y rítmica a sensual y provocativa. Mis caderas empezaron a moverse al ritmo de la música casi sin que mi cerebro les diera dicha orden. Me propuse seducirlo, por lo que me giré dándole la espalda para enseñarle cómo se movía mi trasero. Aún se mueve de la misma manera, aunque ya no es en la pista de baile, sino en la cama, sobre él.

No pasaron más de treinta segundos cuando unas grandes manos rodearon mi cintura. No necesité darme la vuelta para saber que era él, mi cuerpo reaccionó al suyo, mi vagina se lubricó, mis pechos se volvieron pesados y desesperados por sentir sus caricias. Con cuidado se acercó más a mí, parecía que tuviese miedo a rechazara su contacto, hasta que su pecho quedó totalmente apretado contra mi espalda. Nos movíamos al unísono, cada vez de forma más erótica. Quería sentirle más cerca, o mejor dicho, quería sentirlo dentro de mí. Pegué mi trasero a su entrepierna y confirmé que él quería exactamente lo mismo que yo.

La mano que estaba acariciando mi trasero deja de moverse y me devuelve al presente. Su cuerpo dormido se acerca más a mí abrazándome por la cintura

mientras sigue balbuceando algo, de lo que solo llego a comprender “Te quiero”. Esto me hace sonreír. Desde la primera vez que me lo dijo no ha pasado un día sin que me lo haya recordado. ¿Quién podría decir que un hombre tan grande, y de aspecto tan osco, pudiera ser tan romántico y cariñoso? Nadie, solo yo. Nadie más lo conoce como lo conozco yo. Y eso me hace sentir tremendamente especial. Solo conmigo es él mismo; únicamente es a mí a quien hace reír, yo soy la dueña de sus carcajadas y de sus cuidados; soy la mujer más afortunada del planeta. Se relaja otra vez y yo vuelvo a sumergirme en mis recuerdos, esos que llevaré siempre conmigo.

Cuando terminó la canción que bailábamos me giré en sus brazos y lo miré fijamente. Sus marrones ojos me atrajeron como un imán, e hicieron que el mundo a nuestro alrededor desapareciera. Desde la cercanía de nuestro abrazo pude examinarle bien: Ojos marrones, perilla bien recortada, labios gruesos, piel bronceada por el sol de verano, brazos fuertes, abdomen plano, aunque sin tableta.

—Hola, preciosa. Me llamo Roberto —dijo en mi oído para que le pudiese escuchar.

—Yo soy Laura —repuse a mi vez.

—Encantado, Laura. Te mueves muy bien.

—No has visto nada aún —le respondí coqueta.

Sabía que lo estaba provocando, y lo hacía porque tenía claro lo que quería y cómo conseguirlo. Sus labios fueron derechos a los míos dándome lo que tanto ansiaba. Nos besamos durante tanto tiempo que los labios me dolían, pero la noche no había hecho más que empezar.

Tras soportar burlas y comentarios bastantes burdos conseguimos librarnos de nuestros respectivos amigos y nos marchamos solos a mi casa. No me pude resistir y, nada más montarnos en el coche, toqué lo que escondía su pantalón vaquero. Era grande y estaba duro, justo como yo quería. Lo ansiaba tanto que en cuestión de segundo tenía su pantalón desabrochado y su berga en mi mano. Él miraba con los párpados caídos los movimientos de mi mano sin decir ni una sola palabra. Arriba y abajo, arriba y abajo. No me importaba que estuviéramos en un aparcamiento, ni que pudiese pasar alguien y pillarnos, lo único que quería era disfrutar de él, saborearle y que gimiera mi nombre

mientras le hacía mío con la boca.

—Joder, nena —susurró cuando me agaché para meterlo hasta el fondo de mi garganta.

Mi respuesta fue un gemido que me salió de lo más hondo de mi ser. Subí y bajé apretando los labios a su alrededor, consiguiendo que sus caderas siguieran mis movimientos acompasadamente. De entre sus labios emergían gemidos que me estimulaban a apretar más, sus manos en mi pelo me alentaban a ir cada más y más rápido. Notaba la humedad entre mis piernas, necesitaba que me tocara, que aliviara el enorme deseo que sentía por él.

—Nena, para o conseguirás que esto termine antes de lo que nos gustaría a ambos.

Levanté la cabeza dejando salivada su erección y uní mi boca a la suya. Ambos queríamos más, pero Roberto tenía razón, la noche tenía que ser larga, muy larga. Sin dejar que se guardara el miembro le fui indicando cómo llegar a mi casa. Ya no lo tenía en mi boca, pero sí podía tenerlo en mi mano.

—Joder, Laura —gimió—. Cuando llegue te voy a follar con todas mis fuerzas.

Un movimiento de cadera me devuelve a la cama. El recuerdo de aquella primera noche me ha calentado mucho la sangre. En sueños, su cadera enviste hacia delante, mientras que mi trasero se pega contra él. Danzamos lentamente como en el primer baile que compartimos aquella noche.

Cuando ya no puedo soportarlo más le empujo suavemente hasta dejarlo tumbado sobre la espalda. Tiro hacia arriba de mi camiseta y me la quito con cuidado de no despertarle; a esta le siguen las bragas. Muy despacio le bajo el bóxer liberando su esplendorosa prolongación. Roberto sigue gimiendo en sueños, balbuceando guarradas, como que me va a follar, o que voy a gritar su nombre cuando haga que me corra. Me siento a horcajadas sobre él, agarro su erecto miembro y lo meto en mi interior. ¡Joder! Sentirlo dentro de mí es la sensación más maravillosa que pueda existir. Sus manos vuelan a mis muslos y los acarician, a pesar de que aún no se ha despertado. Me hace gracia que sus caderas se eleven pensando que está soñando.

Sus ojos empiezan a abrirse dejándome ver su anhelo y su

desconcierto.

—Laura, cariño, ¿qué haces?

Subo, bajo y me muevo en círculos mientras gimo descontrolada.

—Estoy planchándote una camisa, no te jode.

Su cerebro se despierta del todo y sus manos suben hasta mis caderas. Sé lo que va a hacer, deseo que lo haga, le suplico mentalmente que lo haga. Gimo ante la perspectiva hasta que, de pronto, el agarre de sus manos se intensifica y me da un fuerte empujón con la cadera, haciendo que su prolongación entre de golpe y en su totalidad, dentro de mí. Me encanta, me vuelve loca, cuando me hace eso. Quiero más, mucho más. Vuelve a hacerlo una, dos, tres veces, y yo jadeo como una locomotora. No sé cuánto tiempo más podré soportarlo. El sexo entre nosotros siempre ha sido una auténtica locura, lleno de pasión y desenfreno, pero estos asaltos nocturnos, inesperados, son más que excitantes. Mi hombre se incorpora para que podamos unir nuestros labios y así acallar mis desenfrenados jadeos, no debemos hacer ruido.

—Te quiero —jadeo en su boca.

—Y yo a ti, mi vida.

Seguimos unos segundos más con este loco asalto hasta que separa su boca de la mía y susurra:

—Échate hacia atrás.

Hago lo que me pide y apoyo las manos entre sus piernas. Esta nueva postura hace que me retuerza. Así consigue llegar hasta ese lugar fantasma llamado “Punto G”. En esta posición no voy a aguantar más de unos segundos. Y así es. Tras unos pocos movimientos más el orgasmo me asalta. Me muerdo los labios para evitar que el grito que pugna por salir consiga su objetivo, en su lugar suelto un gemido largo, muy largo, con el que le demuestro lo mucho que me ha hecho disfrutar. En mi loco éxtasis puedo oír como él también llega al clímax.

Caigo rendida sobre su pecho. Ya no estoy acostumbrada a estos asaltos tan fuertes y rápidos.

—¿En quién soñabas para hacerme esto? —me pregunta entre jadeos.

—¿Tengo que pensar en alguien para hacerte el amor? —pregunto a mi vez.

—Ni mucho menos, solo es que me ha sorprendido.

Le saco de mi cuerpo y me tumbo a su lado para que ambos podamos recuperar el aliento. Pero me niego a dejar de tocarle, por lo que mi mano sigue en su pecho tocando el bello que le cubre el torso.

—Recordaba la noche que nos conocimos —le confieso en un susurro.

No la oigo, pero el movimiento de su pecho me dice que se está riendo.

—Fue una gran noche —reconoce en voz baja.

—La mejor de mi vida —confieso.

—Ahora deberías dormir. Mañana será otro día. Un día muy ajetreado.

Otro día. Obviamente será otro día, pero no sé si conseguiré que sea mejor que el de hoy. A diferencia de a él, a mí el sueño me rehúye, pero los recuerdos de aquella primera noche vuelven a mí.

Cuando aparcó en la puerta de mi casa tuvo que guardarse el miembro, no era una buena idea que saliese del coche mostrando sus atributos. No porque la gente se pudiese asustar o indignar, sino porque yo no podría ser capaz de controlarme. Entramos en mi casa tocándonos únicamente por nuestras manos unidas. La suya era grande y rugosa, la mía pequeña y suave. Una vez protegidos por la intimidad de mi casa la pasión se desató. Mi vestido salió volando a la vez que su camiseta. Mientras mi ropa interior se esfumaba sus pantalones se evaporaban. Éramos todo brazos rápidos y movimientos certeros. A los pocos segundos mi cuerpo y el suyo estaban listos para ser acariciados. Mis ojos se dieron un auténtico festín con él. Fuerte, aunque no torneado en gimnasio, desprendía sensualidad y sexualidad por todos los poros. Era algo inexplicable. A pesar de no tener todos esos músculos marcados, y de tener el pecho lleno de bello, había algo atrayente en él. Aún no sé si eran sus ojos, esos que me miraban con adoración, ardor, pasión, lujuria. Todas esas emociones brillaban y me atraían hacia él. Pero mi cuerpo se negaba a moverse. Por miedo a que las piernas me fallasen me dejé caer contra la pared que había a mi espalda.

Sus manos fueron las primeras en ponerse en marcha. Se posaron en mi pelo, me echó la cabeza hacia atrás haciendo que le ofreciera mi boca. Nuestros labios se unieron en un beso lascivo pero lento; ansioso pero reverente. Su lengua jugaba conmigo, mientras la mía le salía al paso ansiosa.

Entonces todo ocurrió a cámara lenta. Sus manos fueron explorando mi cuerpo. Empezaron por mi cuello, mis clavículas, mis pechos, que tuvieron la suerte de ser receptores de sus atenciones; Después de masajearlos y estirar mis pezones hasta tenerlos enhiestos bajó sus manos por mi cuerpo hasta llegar a mi ombligo. Una preciosa sonrisa se extendió por su cara cuando uno de sus dedos empezó a rodearlo.

—Me gusta tu ombligo —susurró antes de volver a besarme.

—Una zona un poco rara, ¿no crees? —respondí separándome de él—. Lo normal es que a los tíos os gusten otras... partes de la anatomía de una mujer.

—También me gustan tus pechos, pero me ha parecido vulgar decírtelo.

Ese comentario me hizo soltar una carcajada. Con su constitución y apariencia no parecía un chico que tuviese pudor, o al que le preocupara lo que yo pudiera pensar sobre él y sus comentarios.

Su mano abandonó mi ombligo y se desplazó lento, pero seguro, hacia mi trasero. Lo masajearó con cuidado haciéndome gemir.

—Esta parte de tu cuerpo tampoco está nada mal... —ronroneó en mi oído.

Pillándolo de improviso cambié mi posición con la suya, ahora era él quien estaba contra la pared.

—Es mi turno —susurré.

Empecé como él, acariciándole el cuello, y fui bajando por su torso, el bello me hacía cosquillas en las manos, era suave y abundante. Seguí bajando hasta que llegué a su ombligo. Un jadeo salió de su boca cuando acaricié sus abdominales inferiores. Habitualmente me gustaban los hombres que en esa zona tienen un V bien marcada. Las fotos que mis amigas solían compartir por las redes sociales me hacían suspirar al pensar en pasar mis manos por esa dura parte del cuerpo masculino. Pero Roberto no tenía esa parte tan desarrollada, al igual que el resto de sus músculos, aún así me estremecí al

tocarlo. Lo que tocaba a continuación en mi recorrido ya había tenido el placer de tocarlo... y saborearlo, pero aún así lo acaricié, una y otra vez.

—Nena, no. Aún siento tu boca sobre ella, y me gustaría sentir algo más —me dijo agarrando mi muñeca.

Volviendo a unir nuestras bocas, para acallar mis protestas, me tumbé en el suelo de mi salón. Había llegado el momento de que nuestros desnudos cuerpos se tocaran al completo por fin. Mis piernas se enredaron en sus caderas y nuestros sexos se empezaron a rozar haciéndome gemir sin pudor. Pero aún así no me daba lo que deseaba. Yo quería, ¡necesitaba!, que me penetrara y me hiciera suya, aunque fuese por esa noche. Me tentó, jugó conmigo y con mi cordura. Anhelaba un contacto mucho más íntimo, y por fin me lo iba a dar. Separó nuestras bocas, fijando así su intensa mirada en la mía, mientras empezaba a penetrar en mi interior muy lentamente. Pude sentirlo todo. Cada centímetro, cada movimiento, cada contracción de mi sexo. No era la primera vez que tenía una relación sexual, pero sí la primera vez que con una sola penetración, con una suave estocada, perdía la cabeza. No se movió, simplemente se quedó ahí, en mi interior, mientras me miraba como nunca lo habían hecho. Esos preciosos ojos marrones me dejaban sin palabras. Sin perder el contacto visual empezó a salir de mí, muy lentamente, para luego volver a entrar. Y así empezó un vaivén de lo más excitante. Dentro... gemido, fuera... jadeo. No quería que acabase, quería que estuviésemos en esa burbuja de pasión contenida toda la noche, todo el día siguiente, toda la vida. Pero los sueños sueños son, y tras unos minutos, o quizás horas, todo terminó.

—Roberto —gemí yo cerrando los ojos por la intensa sensación que atravesaba mi cuerpo.

—Sí, Laura. ¡Sí! —jadeó él dejándose ir en mi interior.

Se dejó caer sobre mí, desfallecido. Ambos estábamos sudorosos y exhaustos, pero no dispuestos a abandonar nuestra íntima conexión.

—Necesito una ducha para refrescarme —susurré un buen rato después.

—Me apunto —dijo sonriendo.

Nos encaminamos al pequeño cuarto de bajo que tenía mi apartamento. La bañera no era nada del otro mundo, pero nos apañamos para entrar los dos juntos. ¿Cómo lo hicimos? Pues muy sencillo: conmigo en sus brazos, con mis

piernas enredadas en su cintura y los brazos alrededor de su cuello. Volvíamos a besarnos mientras nos refrescábamos. No es que nos pudiésemos lavar mucho, pero al menos nos libramos de casi todo el sudor. Hasta que volvió a excitarse y me penetró otra vez. El agua resbalaba por nuestros cuerpos, refrescándonos. Entraba y salía de mí abriéndome a su paso. Mi sexo se ceñía a él y su fricción me volvía cada vez más y más loca.

Después de la ducha nos secamos el uno al otro y nos metimos en la cama. Ninguno de los dos quería dormir, lo que había pasado entre nosotros había sido muy intenso, tanto física como emocionalmente. Tumbados de lado, cara a cara, una de sus manos estaba apoyada sobre mi cadera y la otra descansando debajo de su cabeza, mientras que las mías, las dos, estaban bajo la almohada. Así, mirándonos, permanecemos horas, hasta que el sol empezó a alzarse tras nosotros poniendo fin a una de las mejores noches que había tenido en mi vida, hasta el momento.

—No quiero que esta noche acabe nunca —susurré.

—No lo hará. Esta será la primera de mil noches más.

Y así fue. Cumplió su promesa. Todas las tardes, al salir del trabajo, venía a mi casa. Veíamos la tele, hacíamos el amor, preparábamos la cena, volvíamos a hacer el amor y nos metíamos en la cama, no siempre en ese orden. Había días que hacíamos el amor mientras veíamos la tele; otras tenía que dejar de preparar la cena porque sus habilidosas manos decidían que les apetecía jugar con mi cuerpo. Nunca me quejé, ni puse condiciones. Bueno sí, solo una: tenía que tratarme como a una reina.

La primera noche que pasamos juntos nos dejamos llevar por la pasión y no usamos protección, nos la jugamos, lo sé, pero... por una vez no iba a pasar nada, ¿no? ¿A cuántas parejas les pasaba lo mismo y no tenían ningún problema? Nosotros no íbamos a tener tan mala suerte. Al menos eso es lo que pensé en ese momento, pero, cuando un mes después tuve un retraso supe que estaba equivocada. Quise pensar que eran los nervios por el trabajo, o que simplemente no había hecho bien las cuentas, pero tras contar los días diez veces ya no había lugar a dudas.

Un test me confirmó lo que ella sabía: aquella primera, y única vez, me había dejado embarazada. Dudé qué hacer. ¿Debía tenerlo? ¿Tenía que decírselo a Roberto? ¿Me dejaría cuando se enterase? Dudas, dudas y más dudas. Me estaba volviendo completamente loca.

—Laura, cariño —me dijo Roberto una noche—. Llevas unos días muy rara. ¿Vas a contarme qué es lo que te pasa? Empiezo a preocuparme.

Se había dado cuenta de que algo no iba bien. Había llegado el momento de sincerarme con él. Debía saberlo, aunque con ello corriera el riesgo de perderle.

—Algo me pasa, sí —comencé a decir—. No sé cómo decírtelo pero...

—No le des más vueltas. Dilo sin más. Lo que sea lo afrontaremos juntos.

Me quedé mirando sus bonitos ojos durante un largo rato, intentando memorizar sus rasgos. Perderlo me destrozaba, pero era lo correcto. Tomé aire un par de veces antes de hablar:

—Roberto... estoy embarazada.

No dijo nada durante una eternidad mientras seguía mirándome a los ojos. No sabía cómo se había tomado la noticia. No tenía nada claro si era bueno que no hablase o si era pésimamente malo. Pero paciente esperé a que asimilara la noticia. Esperé y esperé, pero las palabras que tanto necesitaba oír no llegaron. Lo que sí hizo fue besarme como nunca antes me había besado. La pasión habitual entre nosotros se había transformado en un candor que me calentó tanto, o más, que su fuerza habitual.

—Dime algo, por favor —le pedí contra sus labios.

—Te quiero.

Fue todo lo que dijo, y era todo lo que necesitaba oír. No lo iba a perder, no iba a tener que vivir sin él ni un solo día de mi vida. Ahora íbamos a ser tres, e íbamos a conseguir ser felices.

Se tumbó sobre mí en el sofá donde estábamos sentados. Su cuerpo aplastaba el mío, pero me gustaba esa sensación de estar a su merced. Él era todo lo que había necesitado, todo lo que había estado buscando. Subió mi camiseta sin ningún tipo de cuidado y se apoderó de mis pechos. Succiono, lamió y endureció hasta que por mi boca salieron jadeos desesperados. Una de sus manos se coló por mi pantalón de estar por casa. Uno de sus dedos se coló en mi interior haciéndome jadear y desear más, mucho más, todo lo que sabía que él me podía dar. Entraba y salía con premura, parecía que él estuviese

igual de ansioso que yo, como si necesitase que me corriera cuanto antes. Cuando un segundo dedo siguió al primero mis caderas se balancearon para salir a su encuentro. Una, dos, tres, cien veces entró hasta que ya no me pude controlar más y estallé gritando su nombre.

—Te quiero, Laura. No podría vivir sin ti.

Su confesión me llegó al alma. Con él podía ser yo, podía confiar en él. No necesitaba estar siempre arreglada, lista para un evento de la alfombra roja; a él le gustaba que fuese sin maquillar, le gustaba que fuese natural, que fuese yo.

Cuando me quise dar cuenta nuestros cuerpos desnudos se estaban tocando. Sus penetraciones, que siempre fueron suaves y tranquilas, esa vez fueron rápidas y fuertes. Nunca habíamos tenido una relación tan física, siempre habíamos sido cariñosos y cuidadosos, pero tras mi confesión nuestra unión fue más que física. Me penetraba hasta límites que no sabía que podía llegar. Gemía, gritaba, le arañaba la espalda y le apretaba contra mí con las piernas. No conseguía estar lo suficientemente cerca de él.

—Más, Rober. Más fuerte, por favor.

Hizo exactamente lo que le pedí hasta que conseguí culminar.

A pesar de la irresponsabilidad que cometimos al no usar protección aquella primera noche, no cambiaría nada. Lo que sentí esa noche no lo había sentido nunca, solo con Roberto, y eso es un recuerdo que jamás podré olvidar. Después de ese día vinieron mil más. Me adoró cada uno de los días que pasamos juntos; disfrutó de mi embarazo tanto, o más que yo. Y todo esto para llegar al día de hoy. Bueno, concretamente al día de mañana. Cuando amanezca nuestro pequeño niño, Sergio, cumple dos años. En el momento en el que el nuevo día comience se celebrará el día en el que nuestras vidas por fin se completaron.

Un siete de mayo nuestros mundos colisionaron volviéndolo todo del revés. La pasión de un principio, esa que llegamos a pensar que nos consumiría, desembocó en el más puro amor que podíamos imaginar. Nunca me cansaré de sentirlo dentro de mí, de que me haga suya una y otra vez, como hacía antes, con la diferencia de que ahora no puedo gritar a pleno pulmón como antes, ni podemos hacer el amor en cualquier parte de la casa, o en cualquier momento. Ahora tenemos una personita de casi dos años que

siempre será nuestra prioridad.

Una sola noche de pasión cambió nuestras vidas para siempre, pero conseguimos superarlo y nos hizo más fuertes. Ya no somos nada el uno sin el otro.

Como me prometió una vez: estaremos una y mil noches juntos.

3...2...1

- 10... Llevo esperando este momento durante mucho tiempo.
- 9... No estoy segura de poder dar el gran paso.
- 8... Mi madre me mira preocupada, piensa que saldré corriendo.
- 7... Yo también pienso que saldré corriendo, no sé si estoy preparada para esto.
- 6... Mi padre me tiende el brazo.
- 5... Lo miro fijamente.
- 4... Me agarra del brazo decidiendo por mí.
- 3... Pocos pasos me separan de mi futuro marido.
- 2... Mis padres me miran esperanzados.
- 1... David tiende una mano en mi dirección. Me da fuerzas para seguir adelante, para afrontar mi destino.

El reverendo McArthy comienza la ceremonia con el ya conocido «Estamos aquí reunidos». Miro hacia David que me devuelve una mirada preocupada, no sé si se preocupa por mis nervios, o es que pasa algo que se me escapa.

La ceremonia sigue su curso, el padre McArthy sigue soltando su charla. David se mueve inquieto ¿Qué le pasa?

Llegamos al momento crucial, el padre se gira hacia mí:

—Tú, Lisa Sky Murphy, ¿aceptas a David Edgard McLee como legítimo esposo y prometes serle siempre fiel, en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza, todos los días de tu vida?

—Sí, acepto —murmuro con un hilo de voz.

Miro a mi futuro marido, el que me va a cuidar y a querer para siempre, y le hace la misma pregunta. Espero su respuesta pero no llega, solo me mira a los ojos.

—Sky... —susurra—, he de hablar contigo un momento.

Asiento levemente y agarrados de la mano nos dirigimos a la rectoría. Una vez cierra la puerta suspira y agarra mis manos.

—Quiero pedirte perdón por esto. Bueno en realidad quiero pedirte perdón por todo. Eres una mujer extraordinaria, el tiempo que hemos pasado juntos ha sido fantástico, pero no puedo seguir adelante. No puedo casarme contigo.

Le miro asombrada, realmente lo ha dicho. Ahora mismo solo tengo tres opciones:

1... Llorar y suplicar que no me haga esto (aunque no es lo que quiero).

2... Resignarme y hacerme la ofendida.

3... Darle las gracias por ser tan valiente, por haberse atrevido a hacer lo que yo no he podido.

Opto por la tercera opción. Yo tampoco puedo seguir adelante. La boda ha sido siempre una gran farsa. En realidad toda nuestra relación ha sido una farsa, solo por guardar las apariencias. Ambos tenemos vidas paralelas. Ni siquiera compartimos cama para dormir porque cada uno tiene sus propios... amigos.

—Tranquilo, David, no pasa nada, te entiendo. Yo tampoco puedo seguir con esta mentira. Si no lo hubieses parado tú, lo habría hecho yo.

Suspira aliviado. Supongo que esperaba una rabieta, patalita o berrinche. Pero no habrá nada de eso, en cierta manera he de darle las gracias.

Con tranquilidad y cogidos de la mano, salimos de nuevo a la sala donde todos los invitados nos esperan impacientes. David les comunica que la boda se anula. Los murmullos y exclamaciones se suceden por doquier pero nosotros ahora somos totalmente felices. Por una vez en la vida nos atrevemos a decir NO a nuestros padres.

Avanzamos por el pasillo en dirección a la salida aún cogidos de la mano. Cuando llegamos a la puerta nos despedimos con un beso en los labios y nos prometemos seguir en contacto. Que entre nosotros no haya nacido el amor, no quita para que seamos amigos y que hayamos compartido cinco años de nuestra vida.

Cojo un taxi que me lleva directamente a la casa que David y yo hemos compartido hasta el día de hoy. Tras cambiarme y hacer la maleta rápidamente me monto en otro taxi que, gracias a una generosa propina, me lleva a toda velocidad al aeropuerto Internacional J.F.K.

Busco desesperada la puerta treinta y cuatro por la que despegó el avión dirigido a Maui. Llego corriendo, me falta el aire y la preocupación me asalta cuando no encuentro a la persona que busco. Miro por todas partes hasta que le veo. Está apoyado en la ventana viendo el paso de los aviones. Me acerco lentamente a él, quiero darle una sorpresa. Espero que sea la mayor que le han dado hasta el momento.

3... pasos me separan de mi destino.

2... almas que se aman vuelven a estar juntas.

1... sonrisa se expande por mi cara. Quiero que vea la verdadera felicidad que siento.

Toco su hombro ligeramente.

—Disculpe, señor ¿Sabe dónde está mi alma gemela?

Se gira sorprendido. Sus preciosos ojos negros me miran de hito en hito.

—Pe...pero ¿qué haces aquí?

—Bueno, el amor de mi vida me propuso que me fuera hoy con él de vacaciones a Maui y aunque me ha costado un poco librarme del compromiso que tenía, aquí estoy.

Su mirada pasa de ser sorprendida a ser una mirada de felicidad. Me abraza con fuerza enterrando la cara en mi cuello.

—¿No me puedo creer que estés aquí? Pensé que te había perdido para siempre.

—Nunca me has perdido. Siempre he sido tuya —susurro con voz trémula.

Mientras esperamos a que salga nuestro avión no podemos dejar de tocarnos. El otro día me asusté cuando me advirtió de que si seguía adelante con la boda no podríamos seguir juntos. Como es lógico él no quería ser la aventura de una mujer casada. Lo entendí perfectamente, no podía pedirle algo así. Yo tampoco quería que fuera mi amante, él se merece algo mucho mejor. Por lo visto me quiere a mí y está convencido de que sí lo merezco. Y yo no soy capaz de contradecirle, ya que le amo más que a mi propia vida.

Llevamos tres días en Maui y no puedo ser más feliz. Estoy tumbada bocabajo en la cama despierta pero con los ojos aún cerrados. Noto como Daniel se sienta en la cama y empieza a acariciar mi espalda desnuda. Un momento, ¿por qué no está tumbado a mi lado? Su delicioso olor y sus dulces caricias impregnan todos mis sentidos haciendo que deje de hacerme estúpidas preguntas.

—Vamos, Bella Durmiente —murmura besándome el hombro—, es hora de despertarse.

—Daniel —le reprendo—, estamos de vacaciones. No es obligatorio que madrugemos.

—Vamos, nena. Ya son las diez de la mañana. Y, además, nos espera un gran día.

—¿Un gran día? ¿Es que tienes algo planeado? —pregunto ahora completamente despierta.

—Es posible —responde escuetamente—, todo depende de lo que tardes en levantarte.

Justo cuando termina la frase llaman a la puerta y, tras abrir Daniel, un camarero deja un carrito lleno de comida. Esto me resulta algo extraño ya que estos días hemos estado bajando al restaurante para desayunar. No porque queramos relacionarnos con el resto de los huéspedes, sino porque intentamos aprovechar al máximo el tiempo que tenemos para disfrutar de este paraíso.

Tras desayunar voy directa a darme un baño, nos hemos pasado gran parte de la noche haciendo el amor y el sudor ha dejado mi piel pegajosa. Sumergida en el espeso agua repaso lo mucho que ha cambiado mi vida en tan poco tiempo. Llevamos juntos tres años. Los tres años más felices de mi vida. La relación con David fue, desde el principio, una actuación. Ambos sabíamos lo que pasaba y los dos accedimos porque era lo que había que hacer. Pero no nos amábamos. Nos teníamos cariño, pero nada más. Siempre fuimos como hermanos, al menos de puertas para adentro.

Cuando conocí a Daniel me enamoré de él al instante, al igual que él de mí. Su manera de tratarme y de hablarme hicieron que me deshiciera por dentro. Además de tener un cuerpo digno de cualquier modelo y una cara que enamoraría a un ángel, es caballeroso, atento, divertido y muy muy cariñoso, al menos conmigo.

Después de un baño la mar de relajante salgo a la terraza donde Daniel me espera envuelta en un esponjoso albornoz.

—Hola —saludo tímidamente.

—Ven. Siéntate.

Me siento a su lado. Algo le preocupa y lo sé porque mueve la pierna con rapidez, un gesto que sólo hace cuando algo le preocupa de verdad.

—Dan, ¿qué te ocurre? —pregunto.

—Sky, quiero decirte una cosa. —Su voz no tiene la seguridad a la que me tiene acostumbrada.

—Claro. Dime, ¿qué ocurre?

—Sabes que te quiero desde el primer momento en el que te vi. Desde ese día solo has existido tú.

—Yo también te quiero, cariño —interrumpo en un intento de infundirle valor para que siga hablando.

—El otro día, el día de tu casi boda, estaba escondido frente a tu puerta. Rezaba porque te arrepintieses, que le plantases cara a tus padres y vinieses a buscarme. En ese momento te cogería y nos escaparíamos para no volver nunca más.

—Lo siento —murmuro—. No me merezco la paciencia que has tenido con todo esto.

—Te mereces eso y mucho más —dice con vehemencia—. Y yo quiero dártelo. Por eso... —Sorprendiéndome apoya una rodilla en el suelo frente a mí y saca una cajita del bolsillo que hace que la respiración se me queda atascada en los pulmones—. Quiero... me gustaría preguntarte... —Suspira, coge aire, cuadra los hombros y vuelve a mirarme con determinación—. Quizás sea muy pronto, pero... ¿Te casarías conmigo?

Abre la caja y en ella hay un precioso solitario. No es tan grande como el que David me dio, pero es todo lo que necesito. Nunca me han gustado las joyas demasiado llamativas.

—Sé que no es tan grande como el que te regaló David —se disculpa algo avergonzado—, pero también sé que no te gusta la ostentación...

Me conoce mucho mejor de lo que yo creía.

—Es perfecto —digo comenzando a llorar sin control.

—¿Eso es un sí? —pregunta sonriendo tímidamente.

—Claro que sí. Me casaría contigo ahora mismo.

Saca el anillo y lo pone en mi dedo anular mientras sigo llorando de felicidad. De pronto se levanta y me besa como nunca lo ha hecho, como si estuviese hambriento de mí. Muy a mi pesar separa nuestras bocas y me abraza con fuerza, casi cortándome la respiración.

—¿Has dicho en serio que te casarías conmigo ahora mismo? —murmura nervioso.

—Por supuesto. No quiero esperar ni un minuto más para demostrarte que quiero ser tuya por completo. —Le miro con todo el amor que siento por él.

—Bien.

Tira de mí hacia el interior de la habitación. Sin detenerse se acerca al armario y sin soltar mi mano saca un vestido de encaje blanco.

-Póntelo —ordena con suavidad.

-Pero...

-Nos está esperando el gerente del hotel en la playa. Todo está preparado.

Emocionada tapo mi boca con la mano que tengo libre. Lo va a hacer, se va a casar con esta cabeza loca que es capaz de casarse con un hombre al que no quiere por miedo a plantarles cara a sus padres.

Sin mediar palabra alguna cojo el precioso vestido y vuelvo a llorar. Lo extiendo sobre la cama mientras saco la ropa interior perfecta. Mientras me visto, veo a Daniel ponerse unos pantalones cortos de color blanco y una camisa de lino del mismo color.

Una vez estamos los dos vestidos salimos de la habitación cogidos de la mano. Como me había dicho, el gerente del hotel nos está esperando bajo un precioso arco adornado con cientos de flores rosas, acompañado de Emily (mi

mejor amiga) y de Paul (el hermano de Daniel). Cuando llegamos a su lado ambos nos saludan.

-Esta sí que es la boda perfecta para ti –susurra Emily en mi oído mientras me da un breve abrazo.

-Ahora mi hermano será plenamente feliz –me dice Paul.

El señor Martin (el gerente) empieza su discurso.

-Estamos aquí para unir en matrimonio a Daniel y a Lisa. Para ensalzar el amor que estas dos personas sienten, amor que puede superar cualquier obstáculo y que con el tiempo se hará más fuerte.

Dejo de escuchar lo que está diciendo. Lo único que puedo hacer es mirar a Daniel. Está tan guapo de blanco, siempre me ha gustado que se vista de este color. Su pelo negro y sus ojos oscuros se realzan con el claro de sus ropas.

Me vuelve la mirada con una enorme sonrisa. En sus labios puedo leer “Te quiero”, esas dos palabras que tanto me emociona oír. Esas que me dice cuando hacemos el amor. Con las que se despide en todos sus mensajes y con las que me hizo la mujer más feliz del mundo.

-Daniel Joseph Mercuri –continúa el señor Martin -¿aceptas a esta mujer como tu legítima esposa? ¿Prometes amarla y respetarla en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza todos los días de tu vida?

-Sí, acepto –responde Dan mirándome.

-Y tú Lisa Sky Murphy ¿aceptas a éste hombre como tú legítimo esposo? ¿Prometes amarlo y respetarlo en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza todos los días de tu vida?

-Sí, acepto –respondo sonriendo.

-Por el poder que me ha sido otorgado yo os declaro marido y mujer. Puedes besar a la novia.

Sin preámbulos Daniel me besa. Une nuestros labios en un beso lleno de amor. Me levanta en brazos y nos mete en el agua.

-Te quiero. Te quiero. Te quiero.- susurro contra sus labios.

Volvemos a besarnos con más ansias. Si la playa fuera privada ahora

estaríamos consumando nuestro matrimonio en estas aguas espectacularmente transparentes, pero como no es así, separamos nuestras bocas y salimos del agua.

Después de una comida en nuestra habitación a base de langosta con salsa de mantequilla, ostras y un pudín de limón con el que me relamo, nuestros amigos se marchan. Van a pasar el fin de semana aquí, pero lo más seguro es que no volvamos a verlos hasta nuestra vuelta.

Cuando nos quedamos solos Daniel me abraza desde atrás.

-Hoy me has hecho el hombre más feliz del mundo. –susurra en mi oído

-Yo también soy inmensamente feliz.

Ahora que ya estamos en un sitio privado podemos hacer el amor... contra la puerta de entrada, en la cama, la ducha, la bañera, el sofá del salón... Batimos nuestro propio record.

Hace dos semanas que volvimos de nuestra luna de miel y seguimos siendo igual de felices, bueno en realidad, soy más feliz aún. Me mude a casa de Daniel el mismo día de nuestra llegada.

Al ir a recoger mis cosas me encontré con David. Mantuvimos una amigable charla en la que dejamos claro que no nos guardábamos rencor ninguno de los dos, y en la que pude confirmar que después de convivir durante casi cinco años, el cariño que sentimos el uno por el otro siempre estará ahí. Me cuenta que desde hace un tiempo se está viendo con Melissa, una compañera de trabajo. Por supuesto no me importa en absoluto, yo soy la persona menos indicada para juzgar. Yo le cuento lo de la boda *express*, y secreta, y se alegra por nosotros, incluso nos da la enhorabuena.

-Me alegra de que seas feliz. Daniel es un buen hombre.

-Sí, lo es. Espero que lo tuyo con Melissa vaya bien.

Después de eso me ayudó a recoger todas mis cosas y a cargarlas el coche.

Al llegar al lado de mi marido, me sentí en casa, sentí que era el lugar donde debería estar.

Me levanto al tocar el despertador, estoy sola en la cama, Daniel, al

ser bombero, le ha tocado turno de noche, así que me levanto y en el momento en el que mis pies tocan el suelo mi estómago se revuelve, por lo que tengo que salir corriendo al cuarto de baño. A duras penas llego para vomitar en el lavabo.

Paso un día de pena en el trabajo, me encuentro mal, estoy mareada, y el estómago no se me asienta. Mi encargada entra en el servicio y al ver mi lamentable estado me manda a casa.

Cuando entro por la puerta de inmediato sé que Daniel está en casa. Entro en el dormitorio y ahí está, acostado en la cama descansando. Me desvisto y me tumbo a su lado.

-Cariño ¿Qué haces en casa? –pregunta abrazándome por la espalda

-Es que no me encuentro bien y me han mandado para casa.

-¿Qué te ocurre? –me tumba boca arriba y apoyándose en los antebrazos inspecciona mi cara.

-No lo sé. Esta mañana he vomitado y no se me termina de asentar el estómago.

-Bien, me doy una ducha y vamos al médico. Y no me pongas excusas, que me da igual.

Como era de esperar, no he podido resistirme, así que estamos esperando a que el médico me llame.

Cuando entramos me hace miles de preguntas, hasta que llega a la pregunta del millón: cuándo tuve mi último periodo. Pienso, echo cuentas y caigo en la cuenta de que llevo dos semanas de retraso. Me quedo pasmada, petrificada, no reacciono hasta que me dice que me tiene que hacer una prueba de embarazo.

Mientras esperamos los cinco largos minutos que tarda la prueba en dar el resultado Daniel me agarra de la mano y me da apretones regulares. No sé si es porque tiene miedo, o está contento.

-Bueno, enhorabuena, estas embarazada. –nos dice la doctora en tono neutro.

Llegamos a casa, y aún no he podido abrir la boca, estoy en estado de shock.

-Nena, mírame –dice Daniel sentándome en su regazo en el sofá. –
Dime cómo te sientes ante la noticia, por favor.

-Pues la verdad es que no sé cómo me siento. ¿Y tú qué piensas?

-Yo estoy muy contento. Es el mayor regalo que me podrías hacer.

Los nueve meses de embarazo han sido difícil, porque las náuseas han durado más de lo normal, pero todo ha llegado a su fin. Hace una hora empezaron a dolerme las contracciones. Ya es hora de que llame a Daniel.

-Cariño –responde con urgencia -¿Estas bien?

-Creo que ha llegado el momento de que vengas a por mí.

-Voy.

Es todo lo que responde antes de colgar el teléfono. No quiero estar sola la hora que va a tardar Daniel en llegar, así que llamo a Emily y diez minutos después ella y Paul están agarrándome de la mano y dándome ánimos. No llamo a mis padres, ni siquiera sé si saben que estoy embarazada, al menos yo no se lo he dicho. Ellos cortaron toda relación cuando se canceló la boda. Ni una llamada, ni un mensaje, nada. Para ellos dejé de existir ese día, y a mí no puede darme más igual. Soy feliz con mi marido y mis amigos, no necesito a nadie más.

Cuando Daniel llega ya estamos con la bolsa lista, pero antes de salir quiere asegurarse de que estoy bien.

-¿Cómo estás? –pregunta preocupado

-Me duele Daniel.

-Está bien. Vámonos.

Paul es el encargado de llevarnos al hospital, Daniel está demasiado nervioso para conducir. En cuando entramos por la puerta una enfermera acerca una silla de ruedas para sentarme. El dolor es cada vez más fuerte y más seguido. Me llevan a una habitación donde Daniel me pone un camisón enooso. Nada más volver a tumbarme en la cama entra mi doctora. Tras revisarme comenta que voy muy rápido y ya he dilatado cinco centímetros. Pero sin decir más se marcha y me deja aquí sola con mi dolor.

-Dan, cariño, no dejes que se vaya.

-Nena, por favor, respira y relájate.

-¡¿Qué me relaje?! Que me relaje dice. No tienes ni idea de lo que me duele. ¡Joder!

Paul y Emily se ríen a carcajadas sacándome más de mis casillas. El dolor aumenta por momentos y las contracciones son cada vez más seguidas. Hasta que por fin vuelve mi doctora y da la orden de que me pongan la epidural. ¡Gracias a Dios!, tras dar la orden todo va más deprisa. Me ponen el medicamento y el dolor se esfuma en un abrir y cerrar de ojos.

Al no sentir ya dolor puedo prestar más atención a mi marido. Tiene una expresión de preocupación en la cara. Se sienta en la silla que hay al lado de mi cama. Se levanta y se pasea por la habitación hasta que el monitor le anuncia que tengo una contracción y vuelve corriendo a mi lado.

Un par de horas después vuelve a entrar mi doctora. Esta vez en vez de encontrarse un monstruo de dos cabezas que suelta maldiciones a diestro y siniestro a causa del dolor, se encuentra a una mujer histérica riendo sin control por la cara de preocupación de su marido. Sé que puede ser cruel que me ría de él, pero es todo un cuadro verlo respirar como lo tendría que estar haciendo yo. Pero la risa se me corta de golpe cuando la doctora levanta la cabeza y habla:

-Bueno, Lisa, ya es hora de empujar.

¡Mierda! Ahora soy yo la que tiene cara de susto. Miro a Daniel que tiene puesta toda su atención en las instrucciones que le está dando la enfermera. Cuando devuelve su mirada hacia mí y ve la preocupación en mi cara se agacha y susurra contra mis labios:

-Vamos mi amor, tu puedes con esto y con más.

Empiezo a empujar como la enfermera me ha indicado. Daniel me agarra una pierna mientras que Emily me sujeta la otra. Paul ha preferido quedarse junto a mí cabeza, se mareaba cuando ve sangre. Hemos preferido que la familia de Daniel se quede fuera, ya bastante gente va a verme la entropierna.

Empujo unas mil veces, parece que esto no avanza hasta que al fin la doctora anuncia:

-Venga, Lisa, el último empujón. Coge aire y cuenta hasta diez antes de soltarlo.

Así hago, respiro profundamente y contengo la respiración.

10... Hace un año no me imaginaría que estaría en esta situación.

9... El hombre de mi vida me anima para que dé a luz a su hijo.

8... A NUESTRO hijo.

7... Estoy deseando ver si es niño o niña, hasta ahora no se ha dejado ver.

6... Si es niño se llamara Justin.

5... Si es niña será Desiree.

4... Cuando llegué al hospital estaba asustada, ahora estoy impaciente.

3... Daniel sonrío, ¡Ya se le ve la cabeza!

2... Lloro al ver cómo le caen lágrimas.

1... Ya está aquí, ¡noto como sale!

-¡Es una niña! –anuncia Daniel –Una bebe tan guapa como tú.

Después del parto, y de darme mil besos, Daniel se lleva a la niña para que su familia conozca a Desiree mientras me asean. Cuando vuelve la habitación está vacía. Se sienta a mi lado en la cama y me da a la niña.

-Es tan bonita como tú –Dice besándome la frente.

Se tumba mi lado y mientras acaricio suavemente la cabeza de Desiree él acaricia la mía.

Ahora sé que las decisiones que he tomado en la vida han sido las adecuadas.

3... He encontrado al amor de mi vida. Con quien voy a estar hasta que me muera.

2... Somos un matrimonio feliz. Y hemos creado a la niña más bonita del mundo.

1... Y así va a ser por siempre jamás.

Vuelve a mí

Quince años hace que no vengo a esta playa, la playa de Calaflores, situada en Cala del Moral, un pueblecito de Málaga. Cuando constaba yo con solo ocho años mis padres decidieron comprar un pequeño apartamento aquí. Y cuando digo pequeño quiero decir minúsculo. Solo tiene una habitación, que se la quedaron mis padres, y un sofá cama que compartimos mi hermano y yo. Cuando éramos pequeños, yo con ocho años y mi hermano con diez, no nos importaba compartir la cama, pero cuando fuimos creciendo las cosas fueron cambiando. Ya teniendo yo dieciséis años me planté y me negué a volver a ese cuchitril donde tenía que aguantar todas las groserías y las malas bromas de mi hermano. Por eso, cada vez que mis padres venían aquí yo me quedaba en casa de alguna amiga, o de mi tía Juana. Aunque la desgana de ver tanto tiempo al pesado de mi hermano fue la excusa que les di a mis padres, no era la única causa. Ahora os cuento el verdadero, o al menos el más importante motivo.

Mi hermano Raúl siempre ha sido muy sociable, por eso, cuando llegamos por primera vez a este caluroso lugar, entabló amistad con un chico llamado Jorge. Era un chico que vivía en el mismo edificio de apartamentos donde mis padres nos metieron. Se pasaban el día en la playa intentando fastidiar a alguien, y, ¡qué casualidad!, ese alguien siempre era yo. Si hacía un castillo en la arena, ellos venían a destruirlo. Si cavaba un hoyo para enterrarme los pies, me tiraban una pelota a la cabeza, porque sabían que no podía salir corriendo. Si me tumbaba a tomar el sol, me echaban agua helada por encima. Así estuvimos durante seis años. Pero todo cambió el verano en el cumplí quince años. Te estarás preguntando qué pasó, pues no sufras, que ya te lo cuento. —Vicky —llamó mi madre entrando en el salón. —Estoy aquí, mamá. —¿Qué haces?

—Pues estudian para el examen de mañana. Que ya por fin es el último. —Bien, muy bien, hija. Acuérdate de que mañana en cuanto salgas del instituto nos vamos a la playa. ¿Tienes ya la maleta lista? —No, mamá, no se me ha olvidado. Ya la tengo preparada. —Y sin más se marchó. Por aquel entonces me hacía ilusión ir. Deseaba volver a ver a Coral y Alba, dos grandes chicas que conocí a los diez años. Gracias a ellas pude soportar las trastadas de mi hermano y su queridísimo amigo. Siempre que teníamos algún día de fiesta en el colegio, y mi padre no trabajaba, les convencía para que nos

fuésemos a la playa. Deseaba llegar y poder ver a mis amigas. Pero cuando no podíamos ir nos manteníamos en contacto a través de cartas. Por aquel entonces no existían el Skype, ni el Facebook, ni el Whatsapp, así que nos conformábamos con escribirnos cartas una vez a la semana. Aunque si había algo muy importante tirábamos de teléfono, fijo, por supuesto, tampoco teníamos móviles. Me hacía mucha ilusión recibir sus cartas y leer sus correrías y sus amoríos. Obviamente, yo también les contaba los míos. El primer beso que me dio Rodrigo,

la primera vez que la mano de Manuel me rozó un pecho, cuando casi me acuesto con Pedro (esto fue interrumpido por la llegada de su madre a su casa). Todo, nos lo contábamos todo, éramos amigas inseparable. Bueno, aún lo somos, pero con esto de las nuevas tecnologías nos es mucho más fácil comunicarnos. Bueno, me desvíó del tema. Al día siguiente, mis padres, como habían prometido, estaban esperándonos a mi hermano y a mí en la puerta del instituto para irnos a la playa. Un viaje de cuatro horas nos esperaba hasta llegar a nuestro destino. Cada año se me había más y más largo ese maldito viaje. Mientras mi hermano se entretenía con una de sus maquinitas yo escuchaba la música del momento en mi walkman de última generación. En cuanto llegamos el gran amigo de mi hermano, Jorge, ya le estaba esperando en la calle. Aún no sé si fue porque en los meses que hacía que no le veía había cambiado mucho, o por las hormonas que se me empezaban a revolucionar, o que ese día me fijé en él como nunca antes había hecho, pero me di cuenta de lo guapo que estaba. Él me miró también,

e incluso me sonrió con esa sonrisa de niño malo que siempre le acompañaba. En cuanto solté las maletas, como ya era habitual, fui a ver a mis amigas. No les dije lo que había pasado por mi mente al ver a Jorge, ya que para ellas, como para mí hasta ese encuentro, era un niño odioso. No quería que me echaran la charla por algo que no sabía qué significaba exactamente. Los días fueron pasando y reinstauré mi rutina veraniega: me levantaba cuando me apetecía, desayunaba, baja a nuestro sitio habitual en la playa, y allí, esperaba a las chicas. Pasábamos el día tomando el sol y bañándonos en ese magnífico mar, mientras veíamos y criticábamos, o halagábamos, a los chicos que pasaban delante de nosotras. —Vaya, vaya, vaya —dijo Alba mientras tomábamos el sol—. Hay que ver lo que ha cambiado Jorgito. Rápidamente miré donde señalaba mi amiga. Allí estaba el chico en el que pensaba desde el día en el que habíamos llegado. Aunque no les había contado nada a las

chicas, no podía quitarme a ese morenazo que se había convertido el chico malo de Cala del Moral. Jugaba con mi hermano a tirarse un

frisbee. Le veía tirarse al mar para cogerlo, cómo los músculos de su espalda, esos que hasta ese año no había visto, se tensaban al moverse, su piel siempre estaba morena, pero ese día me fijé más en su tono. Debo decir que ya era un chico de diecisiete años y me volvía loca. —Huy, sí. Menudo cuerpazo está echando el tío —dijo Coral—. Es una lástima que sea tan... capullo. Yo no dije nada, me puse las gafas de sol e hice que tomaba el sol, aunque la verdad es que no pude apartar la vista de él. En varias ocasiones le pillé mirándome, pero con yo tenía los ojos ocultos él no sabía que le correspondía. Esa noche mis padres se fueron con los padres de Jorge, con los que también tenían mucha amistad, a tomar algo. Según dijeron iban a desconectar un poco de nosotros. A mí me dio igual, no pensaba hacer nada, pero aún así dejaron a mi hermano a mi cargo. ¡Cómo si él pudiera controlarme! Al final hablaron con los vecinos y decidieron que nos fuéramos a su casa, ya que era más grande y podíamos estar separados si no nos soportábamos. Yo no sabía si darme de cabezazos contra la pared o saltar de alegría. Iba a estar en una casa casi a solas

con el chico que no podía sacarme de la cabeza, pero también iba a estar mi queridísimo hermano que me intentaría fastidiar por todos los medios. Intenté que las chicas se vinieran con nosotros, pero no podían, Alba tenía visita familiar y Coral había quedado con un chico para «tomar un helado». Así, sin más, entré yo sola en la casa de los vecinos. —¡Enana! —gritó mi hermano desde el dormitorio de Jorge—, ¡pídete unas pizzas de esa que me gustan! Siempre hacía lo mismo, me trataba como si fuera su sirvienta. Pero esa noche no estaba para aguantarle, estaba muy frustrada porque no entendía por qué Jorge me atraía tanto. —¡Eres un vago! —repuse desde el salón donde veía la televisión—. Mueve el culo y pídelo tú. Oí movimiento en el dormitorio y cómo se abría la puerta, esperaba que Raúl saliese del cuarto para echarme una de sus broncas, pero no fue mi hermano quien salió, sino su amigo. —Vente conmigo —me dijo—, si vamos a la pizzería la tendremos antes. Bloqueada me lo quedé mirando, me estaba dando la oportunidad de estar a solas con él. Durante

unos segundos dudé, pero enseguida me dije que un chico tan guapo como él no se fijaría en una niña de casi quince años, por ello me levanté y le acompañé donde me pedía. Mientras esperábamos el ascensor ni me miró.

Durante el camino a la pizzería ni se acercó a mí. En un momento dado llegamos a una carretera que debíamos cruzar, ahí, en un sitio tan extraño todo cambió. Su mano agarró la mía entrelazando nuestros dedos. Le miré extrañada. —Tengo que llevarte de la manita para cruzar, no vaya a pillarte un coche —soltó. —¡No soy una niña! —Retiré mi mano de la suya súbitamente —. Sé cuándo puedo o no cruzar. —Aún así... Volvió a agarrarme de la mano y esa vez ya no la retiré. Me gustaba que me tocara, aunque fuese porque me tomara por una niña que necesitaba que la llevaran de la mano al cruzar. Tras salir de la pizzería volvió a cogerme de la mano y ya no me soltó hasta que llegamos frente al ascensor. Me liberó, pero solo para arrinconarme contra la pared, mientras seguía llevando las pizzas. No hicimos ni un ruido, solo se oían nuestras forzosas

respiraciones. No se acercó más solo su cuerpo sujetaba el mío, se apretaba contra mí. Justo cuando iba a lanzarme a sus labios para saborearlos llegó el ascensor, rompiendo la magia del momento. Subimos a nuestro piso sin volver a mirarnos si quiera. Cuando entramos en su casa oímos música, dentro estaba mi hermano besándose con una morena a la que no había visto nunca, mientras otra morena esperaba sentada en el sofá. En el primer segundo sabía qué hacía esa segunda morena y no me gustaba la idea. Estaba allí para que se entretuviera con Jorge, y yo me moría de celos. —¡Bien, la cena por fin! —dijo mi hermano cuando se dio cuenta de que habíamos vuelto—. ¿Por qué habéis tardado tanto? —Había mucha gente en la pizzería — respondió Jorge. De reojo me miró, a mí, mientras la otra chica se le arrimaba. Sabía que sobraba, y no quería estar presente cuando se enrollase con esa tía, por lo que cogí un par de porciones de pizza en un plato y me fui a mi casa. —¿Dónde te crees que vas? —espetó mi hermano.

—A casa, para que os podáis divertir tranquilamente. Dándome la vuelta para no ver la cara de satisfacción de mi hermano me marché. Lo que se preveía como una noche en la que podría recrearme con la compañía de Jorge, se había convertido en una noche solitaria y aburrida en casa. Pero al poco tiempo de haberme terminado la cena la puerta de casa se abrió. Esperaba encontrarme con mi hermano la mar de cabreado por haberle fastidiado la noche, pero nada más lejos, quien entró fue Jorge con cara de aburrimiento. —¿Qué haces aquí? —pregunté sorprendida. —Nada, hacerte compañía. Las tías que ha traído tu hermano son de lo más tonto que existe. No pude evitar soltar una carcajada, al menos pensaba lo mismo que yo respecto a ellas. Estuvimos

un rato viendo lo que echaban en la televisión, pero yo no le prestaba atención. Si tuviera que decir qué estuvimos viendo me lo tendría que inventar, no porque hayan pasado quince años, sino porque ni en ese momento lo sabía. Lo que sí recuerdo, como si fuera hoy mismo, es cómo mi piel se erizaba, cómo mi temperatura corporal subía por momento, cómo su

presencia inundaba todos mis sentidos. Creí me iba a terminar volviendo loca, pero él, mi salvador, me libró de ser ingresada en un psiquiátrico. Se giró hacia mí y tomando mi cara entre sus manos me besó. No era el primer hombre que me besaba, pero sí el mejor, y el más paciente. Dejó sus labios junto a los míos esperando a que me decidiera a abrir la boca. En cuanto me recuperé de la impresión saqué mi lengua buscando la suya a la vez que cerraba los ojos. Sus movimientos fueron suaves, pero ágiles, se notaba que tenía experiencia, mucha más que yo. Pero en ese momento no pensé en nada, ni en mis ex ni en los suyos. En ese instante solo estábamos nosotros dos. El tiempo se detuvo hasta que separamos nuestras bocas. No me atrevía a abrir los ojos, me daba miedo que fuera una fantasía. —Abre los ojos, preciosa —susurró mientras repartía besos por mi cara. —No —susurré. —¿Por qué? Quiero ver esos preciosos ojos castaños que tanto me gustan. Al oír sus palabras hice lo que me pidió y pude comprobar que no era un sueño o una alucinación. Él estaba ahí, ante mí, sonriéndome.

—Llevo queriendo hacer esto desde hace dos veranos. Aluciné en colores. ¿Llevaba dos veranos queriendo besarme? Eso sí que era un notición. Pero no sé quedé contento con eso y siguió hablando mientras me acariciaba la cara: —Hace dos años, apareciste en la playa, con tus inseparables amigas, con un bikini verde que resaltaba el moreno de tu piel. Yo estaba en la orilla gastándole bromas a tu hermano y no pude evitar mirarte. Estiraste tu toalla en la arena dejándome una vista increíble de tu trasero, después te tumbaste a tomar el sol mientras reías con las chicas. Ese día, Vicky, supe que no pararía hasta poder besarte. —Pues mucho has tardado en decidirte a hacerlo, ¿no crees? —repuse. Me miró sonriendo. Nunca me había fijado en la preciosa sonrisa que tenía, aunque la verdad era que muy pocas veces la mostraba de manera sincera, siempre era burlona o pícara. No podía creerme que de verdad estuviese entre sus brazos y me estuviese diciendo esas cosas tan bonitas.

—¿Cómo iba a hacerlo cuando tú me mirabas con tanto odio, y no me prestabas atención en absoluto? Tenía toda la razón, desde que le conocí, o

mejor dicho, desde que me echó agua helada por encima la primera vez que nos vimos, no le había dado la oportunidad ni de intercambiar más de dos palabras conmigo. Abrí la boca para responderle, pero me acalló incluso antes de que pudiese hablar volviendo a besarme. Esta vez no me lo pensé y fui yo quien buscó un contacto más íntimo. Nos besamos y besamos y besamos, ninguno de los dos parecía querer parar. Sus manos fueron adquiriendo más confianza y bajaron desde mi cara hasta mi cintura. De ahí pasaron a mi espalda; y poco a poco se desplazaron a mi trasero. Nunca me habría imaginado que él y yo íbamos a vernos en una situación así. Si me lo hubiesen dicho el verano anterior me habría reído a carcajadas. Pero en ese momento no, en ese instante lo deseaba más de lo que había deseado nunca a ningún otro chico. Con cuidado tiro de mí hasta que me tuvo sentada en su regazo sin separar nuestros labios. Pero

un momento de lucidez me hizo recordar que mi hermano podía entrar en cualquier momento. —Jorge —dije casi sin separar nuestros labios—, mi hermano puede venir y... —Tu hermano está más que entretenido con sus dos amigas, no te preocupes por él. No entendí lo que quería decir con ello, pero me sirvió para volver a besarlo. Sin darme cuenta pasé de estar sentada en su regazo a tener una pierna a cada lado de sus caderas. En esta nueva posición tuvo que elevar la cabeza para que pudiésemos seguir con el contacto de nuestras bocas. Mientras mis manos estaban apoyadas en sus hombros, las suyas masajearon mis nalgas con sensualidad. Me encantaba lo que me hacía, me excitaba de tal modo que mis caderas empezaron a cimbra restregándose sobre él. Noté como el bulto de su erección crecía poco a poco y eso calentaba más mi sangre. Quería más, mucho más, y la única manera de conseguirlo fue tocando aquel bulto que tanto me llamaba la atención. Toqué y masajee igual que hacía él con mis discretos pechos. La cosa se fue calentando hasta que terminamos desnudos sobre el sofá.

—¿Es tu primera vez? —me preguntó —Sí —susurré. —Me encanta saber que voy a ser el primero. Y lo fue. Esa noche me desvirgó y me hizo el amor. Me dolió, no lo voy a negar, pero me gustó mucho, muchísimo. El miedo a que mi hermano nos pudiese interrumpir se esfumó de un plumazo. Cuando su cuerpo desnudo tocó el mío me olvidé de él, de mis padres, e incluso de mi nombre. Solo podía pensar en él y en lo que estábamos haciendo. Aquella noche se me quedaría grabada en el alma y en la mente para siempre. No porque fuera mi primera vez, sino porque fue con él. Cuando nuestro momento

de pasión terminó nos quedamos los dos sudorosos tendidos en el sofá. No sabía qué decir, ni siquiera si sería capaz de conseguir que me saliese algo más que no fuera un gemido. Estaba en una nube, no podía creerme que eso me estuviera pasando a mí. —¿Te he hecho daño? —preguntó Jorge tras un rato mirándonos. —Sí —confesé. —¡Vaya! Tú siempre tan sincera. ¡Me encantas!

—Bueno, tú has hecho una pregunta y yo debo responderte la verdad, ¿no? Me acarició la cara con tanta ternura que estuve a punto de llorar. No entendía cómo un chico con aspecto de rebelde y de duro, pudiese ser tan sensible y pudiese acariciarme con tanta ternura. —¿Qué va a pasar ahora? —pregunté sin querer. Me daba muchísimo miedo que me dijese que ya que me había conseguido no quería saber nada más de mí, pero aún así necesitaba escucharlo de su voz. —Ahora nos vamos a vestir, no quisiera que tus padres llegasen y nos pillasen en esta tesitura. —No me refería a ahora mismo. Aunque me gustaría poder estar un ratito más contigo así. —Te daré todo lo que quieras, pero no aquí, será mejor que nos vayamos a mi casa. En mi dormitorio no corremos riesgos de que nos pillen. Y si a lo que te refieres es a lo que pasará mañana..., bueno, me gustaría que fuésemos con tiento. No me gustaría que tu hermano se enfadase por esto. Quisiera tantearle un poco antes de decírselo. —¿Decirle qué exactamente? —pregunté desconcertada.

—Decirle que llevo dos años queriendo estar contigo. Que hemos pasado una noche perfecta y que tú y yo estamos hechos para estar juntos. Aluciné con las palabras tan bonitas que me había dicho. Él quería estar conmigo y yo con él, lo nuestro iba en serio y nada ni nadie nos iba a poder separar, solo nosotros. Nos vestimos y nos fuimos a su casa, allí estaríamos más «seguros». Al entrar mi hermano estaba en el sofá medio desnudo, con una de las morenas sobre sus rodillas, mientras la besaba le tocaba la pierna a la otra. Con la ingenuidad de la edad no comprendí lo que pasaba, pero la verdad es que me daba igual. Solo me interesaba lo que acababa de pasar con Jorge. —¿Dónde os habéis metido? —preguntó mi hermano dejando de besar a la morena. —Estábamos cenando en casa. La idea era que nos íbamos a meter en su dormitorio para poder estar solos, pero como mi hermanito ya tenía toda su atención puesta en Jorge no pudimos hacerlo, por lo que nos sentamos en el sofá y aguanté como una jabata las insinuaciones que

una de las chicas le hacía al chico que acababa de hacerme mujer. Tras esa magnífica noche todo fue... raro. No queríamos que nadie se enterase de lo que había pasado. Él temía la reacción de mi hermano, y yo que no me

volvieran a dejar salir con ellos. Aprovechábamos los escasos momentos que teníamos para estar solos. Cuando subíamos de la playa yo me inventaba cualquier excusa para quedarme sola, momento en el que él aprovechaba para acercarse a mí. Nos dábamos besos robados en el ascensor, en el hueco de la escalera del portal, cuando íbamos juntos a buscar algo para cenar; cualquier momento era bueno para compartir algo de intimidad. Por suerte, ese verano nuestros padres salían casi todas las noches a bailar y nos daban más espacio, según decían ya éramos mayores. Cada noche que estábamos solos, mi hermano llamaba a sus «amigas», y Jorge y yo nos quedábamos en mi casa. En algún una vez allí dejábamos a nuestros deseos salir. Hacíamos el amor tantas veces como podíamos. Él me ayudó a descubrir mi sexualidad y juntos disfrutamos de ella. También me enseñó cómo hacer disfrutar a un hombre, y eso también lo disfrutamos

los dos. Hubo momentos en lo que pensé que mi hermano sospechaba algo, pero no era así, estaba demasiado ocupado con sus chicas. Pero un día, Jorge y yo, nos estábamos besando en el sofá de mi casa cuando la puerta se abrió de pronto y entró mi hermano, pillándonos. —¿Pero qué coño es esto?! —gritó Raúl—. ¿Estás abusando de mi hermana? —Raúl —intervine yo—, él no está abusando de mí. Jorge y yo... —¡Cállate, Vicky! No estoy hablando contigo. Jorge me bajó de su regazo, donde estaba cómodamente sentada, y se encaró con él. Se enzarzaron en una fuerte discusión que me puso la piel de gallina. Las cosas que se decían eran muy fuertes y nada agradables. Mi hermano se sentía herido porque no se lo hubiésemos dicho y Jorge estaba dispuesto a defender lo nuestro porque no estábamos haciendo nada malo. Insultos, maldiciones y amenazas volaron esa noche. Estaba segura de que terminarían llegando a las manos y que yo no los podría parar. Y así fue. Mi hermano fue el primero en alzar el puño, pero también fue el último en recibir.

Cuando conseguí separarlos mi hermano echó a Jorge de nuestra casa, amenazándolo de muerte si se acercaba a mí de nuevo. Era la última noche que íbamos a pasar en Cala del Moral y yo quería pasarla con Jorge, así que me fui con él a su casa, enfureciendo así más a Raúl. Intenté tranquilizarlo y no paré hasta que lo conseguí. Fue entonces cuando me prometió que seguiríamos en contacto, que llevaba tanto tiempo deseando que fuera suya que no iba a permitir que la distancia nos separase. En pocos días cumplía la mayoría de edad e iba a hacer todos los viajes que pudiese para que nos viéramos. Yo le escuché ilusionada, me encantaba lo que oía. Pero como dice el refrán: No es

oro todo lo que reluce. Al principio me llamaba muy a menudo, al menos dos veces a la semana. Pero con el tiempo fue espaciando más la comunicación hasta que, de la noche a la mañana, dejó de hacerlo, y la ilusión que sentí la última noche que nos vimos se fue esfumando hasta desaparecer, casi del todo, aunque siempre hubo un pequeño rescoldo que se resistía a desaparecer. De las visitas ni se oyó hablar, nunca vino a verme, ni hizo el intento. Pero a pesar de que estaba dolida seguía creyendo en nosotros.

Al año siguiente estaba ilusionada y aterrada por verle. Necesitaba pedirle explicaciones de por qué tal desapego. Intenté en muchas ocasiones hablar con él por teléfono, pero me fue imposible. Por eso cuando llamé a su puerta y sus padres me dijeron que no estaba, me hundí un poco más. Mi hermano, desde que nos vio el año anterior, no quiso volver a saber nada de él, por lo que no le estaba esperando. La bonita y antigua amistad que tenían había desaparecido por mí, por mi culpa. Me sentía tremendamente responsable, pero no sabía qué podía hacer para arreglarlo todo. Pasé dos semanas buscándole, pero no había manera de encontrarle. Si por casualidad lo veía desde lejos, intentaba acercarme a él, pero huía de mí, esto hacía que mi corazón se partiese un poco más. Hasta que una noche fui con Alba y Coral, mis fieles amigas, a tomar un helado a una terraza del paseo marítimo. Estábamos riéndonos, poniéndonos al día sobre lo que había pasado en nuestras vidas (aunque ya nos lo sabíamos todo), cuando apareció él de la mano de una rubia. No la había visto nunca, pero la complicidad que había entre ellos me decía que se conocían desde hacía tiempo. Los vi besándose y

metiéndose mano ante todos. Mi mundo se hundió, una grieta se abrió bajo mis pies y caí y caí hasta tocar fondo. Ese verano no disfruté de la playa, ni de mis amigas, ni de nada. Me recliné en mi casa y no salí nada más que para lo imprescindible, o sea, cuando mis padres me obligaban. Mi madre quiso hablar conmigo, saber lo que me pasaba, pero yo estaba apática, sin ganas de compartir mi pena con nadie. Mis amigas venían a buscarme todos los días, intentaban alegrarme, a pesar de que tampoco sabían lo que me había pasado. No podía creerme que él, mi Jorge, me hubiera hecho eso. Al final el miedo que despertó en mí aquella primera noche que estuvimos juntos se había materializado: me había dejado una vez me había acostado con él. Todas las promesas que me hizo eran humo, mentiras que cómo una tonta me creí. Después de ese verano decidí que ya no iba a volver por allí. Decidí que prefería pasar los veranos en casa de mi tía, aburrida y pasando muchísimo

calor, antes de volver allí y verle con la rubio, o con cualquier otra. Él fue mi primer amor, mi primer

hombre, mi primera ilusión. Y también fue mi primer desamor y mi primera decepción. Juré que nunca volvería a ver este lugar. Siempre que quería ver a las chicas quedábamos en Málaga capital, con la excusa de que allí era donde para el tren. El primer año que no vine de vacaciones les tuve que explicar por qué no iba a ir ese verano, ni ningún otro. Les conté todo lo que había pasado entre Jorge y yo. La relación con mi hermano pasó de ser la normal entre dos hermanos que se quieren y se odian al mismo tiempo, a ser fría y distante. Él no me perdonaba que me liase con su amigo, y yo no le perdoné que separase al hombre de mi vida de mi lado. Y, ahora quince años después, vuelvo a pisar la playa de Calaflores. ¿La razón? Mi querida amiga Alba se casa y la gran Coral a tenido un bebé al que aún no he podido conocer. Estoy paseando por la playa que tanto me gustaba cuando era niña y que tanto odié en mi adolescencia, mientras recuerdo todo aquello que me pasó hace ya tantos años. —¿Vicky? ¿Eres tú? —me giro dudosa.

Reconocería esa voz en cualquier parte. Es él. Jorge. Está más impresionante de lo que recordaba. Ahora el cuerpo de niño que tenía la última vez que lo vi se ha convertido en todo músculo y definición. Las piernas empiezan a temblarme al encontrarme con sus ojos color miel. Su pelo, que antes estaba muy corto, ahora lo llevaba algo más largo. Pero es indiscutible que es él. —Hola, Jorge. Me alegro de verte. —Finjo una sonrisa. Se acerca a mí para darme dos besos que me saben a gloria. —¡Qué alegría volver a verte! Llevabas mucho tiempo sin venir por aquí. —Quince años, nada más y nada menos. —Demasiado tiempo —susurra—. ¿Tomas algo conmigo? Dudo unos segundos. Pensaba que pasado todo este tiempo mis sentimientos habrían sido olvidados, pero estaba muy equivocada. Volver a verle hace aletear mi corazón. Los años le han hecho más guapo, más interesante y, sobre todo, más apetecible. —Está bien. Una cervecita fresquita no le hace daño a nadie.

Vamos a una terraza cercana y tras pedir nuestras consumiciones nos quedamos en silencio mirándonos. —¿Qué te trae pro aquí después de tanto tiempo? —pregunta cuando el camarero nos deja las cervezas sobre la mesa. —¿Te acuerdas de Coral y Alba? —¡Cómo olvidarlas! Eráis inseparables, donde iba una iban las otras. —No a todos los sitios íbamos juntas, cuando estaba contigo ellas no venían. —Cierto. Ahí nos dejaban intimidar. Volvemos

a quedarnos en silencio, recordar que tuvimos algo juntos es doloroso. Hasta que él decide romper el tenso silencio: —Y cuéntame, ¿en qué trabajas? — Soy secretaria para un estudio de arquitectura. ¿Y tú? Me cuenta que trabajó como camarero hasta que consiguió terminar la carrera de magisterio. ¿Quién me lo iba a decir? El chico malo de Cala del Moral ahora educaba a los niños de allí. —No me gusta mi trabajo —reconozco cuando acaba con su historia.

—Pues cámbialo —dice como si nada. —¡Ja! Como si fuera tan fácil. Nos quedamos un rato mirándonos embobados. Mi cabeza había alterado los recuerdos que tenía de él para adaptarlos a los años que han pasado, pero ni toda la imaginación del mundo podría haberme preparado para verle en carne y hueso. —¿Por qué dejaste de llamar? —le pregunto en un arranque de desesperación. —Te llamaba todas las semanas, hasta que tu hermano me cogió el teléfono. Me dijo que te dejara en paz, que te estaba haciendo sufrir. Y yo no quería hacerte ningún daño. Eras la persona más importante que había tenido nunca en mi vida. Y tenías que ser feliz. —Tus llamadas, y la esperanza de volver a verte, me hacían feliz. Deseaba como nunca que llegase el momento de volver aquí y poder estar contigo, pero... me destrozaste. Me rompiste el corazón. —Lo sé. Aquel día que llegaste, el último año que viniste, me pasé la mañana en la ventana de mi habitación esperando a que llegases para poder verte. Cuando te bajaste del coche con tu sonrisa y más

guapa que nunca, supe que tenía que hacer que me odiases. Te merecías un hombre con el que pudieses estar todos los días; que te llevase al cine, o simplemente que pasara las horas sentado contigo en un parque, no un tío al que solo podrías ver de vez en cuando. Su confesión me llega al alma, rompiendo un poquito mi corazón congelado. —Llegué a quererte con toda mi alma en esos pocos meses, Jorge. Tú fuiste el primero en muchas cosas, y no me refiero a la cama. —En eso también fui el primero —me dice mientras me guiña un ojo y me muestra su ya conocida pícara sonrisa. Verle sonreír como antaño me trae cientos de recuerdos, algunos buenos, y otros que no quiero recordar. Todo este tiempo he intentado ser feliz, y casi lo he conseguido. Sé que estoy siendo una ilusa, porque no soy feliz para nada. Odio el trabajo que tengo; la relación con mi hermano es, como poco, tensa; mis padres van a su bola y en el amor..., bueno, se puede decir que no sé lo que es eso desde que él, mi Jorge, me rompió el corazón y se llevó mi esperanza de ser feliz.

—Ha sido mala idea venir. Me levanto dispuesta a marcharme, pero no me lo permite. Me agarra de la muñeca impidiendo mi huída. —No te vayas,

por favor. Déjame disculparme como es debido. Sin que me dé tiempo a reaccionar me besa. No sabe si estoy con alguien o no, si estoy casada, o si alguien me espera en casa. Le da igual. Como siempre coge lo que quiere cuando lo quiere, este es el Jorge del que me enamoré de niña. No me espera nadie, y sé que no debería hacer esto, pero no me puedo resistir a él. Nos besamos en una terraza de Cala del Moral ante las miradas de todos los allí presentes. Separa nuestras bocas para sacar un billete de su cartera y dejarlo sobre la mesa. Como hizo aquella primera noche en la que la pasión se desató entre nosotros, me agarra de la mano y, sin decir absolutamente nada, me lleva a su casa. —¿Por qué me has traído aquí? —pregunto cuando cierra la puerta. —Para hacerte recordar lo increíble que somos cuando estamos juntos.

Ahí se acaba toda conversación posible. Me abandono a mis sentimientos y nos volvemos a besar. Cumple la promesa de hacerme recordar, aunque no es que hubiese olvidado nada. A todos los hombres con los que he estado los he comparado con él. No está bien, lo sé, pero es inevitable. Él fue el primero y me marcó en todos los aspectos de mi vida. La noche se nos hace eterna enredados el uno en el otro. Sin pensar, sin recordar, sin resentimientos. Solo él yo, y toda la pasión que nos podamos demostrar. Cansados y sudorosos estamos tumbados en el sofá, mirándonos a los ojos sin hablar. —Una vez esperé dos años para hacer esto, ahora he esperado quince años, espero no tener que volver a esperar para tenerte en mis brazos —dice antes de besarme suavemente. —Esto ha sido una noche, una locura pasajera —digo en un susurro. —¿Estás casada? —Niego con la cabeza—. ¿Sales con alguien? —Vuelvo a negar—. Entonces esto no ha sido una locura, simplemente estamos recuperando el tiempo que hemos perdido. Le miro anonadada. Cuando vine aquí no pensé que iba a encontrarme con él, y, ni mucho menos, que

iba a volver a estar en sus brazos. Es un sueño hecho realidad, pero tengo miedo de volver a abrirme a él y que me vuelva a partir en dos. Tras esa noche vienen muchas más. Sin decírselo a nadie nos seguimos viendo. Es como cuando éramos jóvenes. Nos ocultamos a ojos de todo el mundo, pero así es como queremos que sea. Unos días después de mi llegada conozco al pequeño de Coral, una monada de niño que es igual que su madre. Cuando llega la boda de Alba ya estoy cansada de ocultar lo mío con Jorge, necesito aclarar qué estamos haciendo. —¿Puedo preguntarte algo? —inquiero mientras estamos tumbados desnudos en su cama. —Por supuesto, preciosa. —¿Qué es

lo que buscas de mí? Se gira para mirarme, aunque se mantiene en silencio un tiempo que se me antoja eterno. —Busco convencerte para que te quedes aquí conmigo. —Abro los ojos de par en par, no puedo creerme lo que me está diciendo—. Si, preciosa. Llevo enamorado de ti desde que tenía quince años, y

todo este tiempo que hemos pasado sin vernos no ha conseguido que deje de estarlo. Alucinada le miro. Si es verdad lo que me está diciendo es la segunda oportunidad que nunca pensé que podríamos tener. —Deja ese trabajo que tanto odias y vente a vivir conmigo. Seguro que encuentras algo aquí. Y si no, yo puedo mantenernos a los dos; o empezaré a dar clases particulares por las tardes. Pero no me hagas vivir ni un día más sin ti, por favor. Vuelve a mí. —Sí —digo sin pensar—. Es una auténtica locura pero sí, me vengo a vivir contigo. Al día siguiente hacemos lo nuestro oficial yendo juntos a la boda de Alba. Mis amigas se sorprenden mucho al vernos juntos, pero al comprobar que yo soy feliz nos dan la enhorabuena. ¡Qué grandes amigas son! Dos días después debo volver a Madrid. Le prometo a Jorge que volveré, que solo voy a recoger unas cosas de mi casa y a dejar mi trabajo. Cuando llego a Madrid mi cabeza está echa un auténtico lío. Le he dicho a Jorge voy a vivir con él, pero en la soledad de mi piso me replanteo si es lo mejor. Aquí tengo toda mi vida, toda mi familia,

aunque no nos llevemos muy bien ellos están aquí. Allí solo tengo a mis amigas, y a él. ¿Es eso suficiente para dejarlo todo? Ahora mismo no puedo decidir qué debo hacer. Lo mejor es que me quede unos días para aclararme. Jorge me llama todos los días y me pregunta cuándo voy a volver con él, y siempre le respondo que pronto. Una parte de mí está deseando coger los cuatro trapos, y las tres tonterías, que tengo y marcharse a sus brazos; pero otra parte me pide que no lo haga, si una vez renunció a mí con tanta facilidad, ¿qué me asegura que no lo vuelva a hacer? Estoy hecha un auténtico lío. Hablo con mis grandes amigas. Hacemos llamadas a tres y les cuento mis miedos y mis dudas. —Pero, tía. Si el día de mi boda se os veía muy felices —me dice Alba. —Y lo era. Pero ahora no hablamos de pasar una noche, o una semana juntos, hablamos de irnos a vivir juntos. Y eso es un gran paso. —¡Por supuesto que es un gran paso! —asevera Coral—. Pero eso es lo que siempre has esperado. Por eso tu vida sentimental es tan penosa. Jorge es el

único que te puede hacer feliz, y lo sabes tan bien como nosotras. Hablamos durante mucho tiempo, bueno, mejor dicho, ellas hablan y hablan y

yo solo escucho. Intentan convencerme de que lo mejor que puedo hacer es irme con él, y yo ya empiezo a dudar si hago bien en retrasarlo un día más. Después de pensarlo mucho decido que lo mejor para mí es mudarme. Mis amigas siempre han estado conmigo, aunque sea en la distancia. Y él, Jorge, el hombre de mi vida, me espera ansioso. Es nuestra segunda oportunidad. Ahora nadie se entrometerá entre nosotros y podremos ser felices. Recojo toda mi ropa, la meto en una maleta y cojo el primer tren que hay en dirección a mi nueva vida. Cuando llego a Cala del Moral Jorge me recibe con los brazos abiertos. Ahora somos uno, y estamos convencidos de que siempre seremos felices. Hace quince años no era nuestro momento, pero ahora sí lo es, y lo vamos a aprovechar. —Gracias por volver a mí —me dice Jorge abrazándome. —Gracias a ti por volver a mi vida.

Hemos esperado quince años, pero el amor no caduca si es de verdad, y el nuestro lo es. Nunca creí en los finales felices ni en los cuentos de hadas, pero Jorge me ha demostrado que sí hay finales felices y que yo soy la princesa de su cuento. Ya no podemos vivir el uno sin el otro y ni nos planteamos separarnos nunca.

Lámame Javi

Hola. Mi nombre es Javier Moreno y os voy a contar mi historia.

Muchos me conocéis por ser el mejor amigo de Abigail Jensen, bueno, ahora se llama Abigail White, aunque para mí siempre va a ser Abby, mi pelirroja.

Empezaré mi historia contándoos que nací en San Diego, aunque mis padres son de origen mejicano. Mi infancia no fue del todo sencilla, el barrio en el que vivíamos era de clase baja, y las bandas pululaban por las calles como si fueran sus dueños, y en cierta manera lo eran. Hubo un par de veces en las que estuve a punto de convertirme en uno de esos pandilleros, no porque me gustara, o porque quisiera hacerme el machote, sino porque muchos de mis amigos se hicieron integrantes y me presionaban para que les siguiera. Pero mi madre me paró los pies a tiempo, seguramente salvándome la vida.

En el instituto no es que fuera un lumbreras, ni un empollón, pero conseguí sacar los estudios con una nota decente.

Con respecto a las chicas... bueno, mi primera experiencia fue cuando tenía quince años y desde ese momento no he parado. Me gusta follar, no lo voy a negar, por eso lo hago siempre que me apetece desde entonces. En mi adolescencia, durante los estudios en el instituto, tuve un par de relaciones serias, esto quiere decir que estuve más de seis meses follándome a la misma, casi, en exclusiva. Reconozco que no fui demasiado fiel, pero ellas tampoco lo eran. Simplemente lo pasábamos bien, éramos demasiado jóvenes para pensar en comprometernos tan rápido. Veía a compañeros que se colaban por chicas con las que querían pasar el resto de su vida, pero que luego no duraban. Yo, simplemente, era realista, tenía que vivir la vida y disfrutar de mi soltería antes de sentar la cabeza de manera permanente.

Me costó bastante conseguir una beca para poder ir a la universidad, pero era lo que mis padres deseaban, y yo... bueno me gustaba la idea de conseguir una carrera y poder llegar a ser alguien en la vida. Nunca me he alegrado más de haber tomado esa decisión.

Una tarde, durante mi primer año en la universidad, a mitad de curso, estaba holgazaneando en el césped del campus cuando una carcajada me llamó la atención. Dejé de oír la conversación que mis colegas estaban teniendo y me giré para ver a una preciosa pelirroja que reía por algo que un chico le estaba

diciendo. Sus curvas esculturales, su piel blanca llena de pecas, la suave melodía de su voz y su precioso pelo rojo me cautivaron. Mi miembro se agitó violentamente y supe que hasta que no consiguiera meterla en mi cama no iba a quedarme tranquilo.

Durante los siguientes días fui preguntando a la gente que conocía, llevándome una gran sorpresa con las respuestas que me daban. Había chicas que me decían que era una golfa, que se acostaba con todos los tíos que se le ponían a tiro. Pensaba que lo único que les pasaba era que tenían celos de ella, no todo el mundo puede ser tan espectacular como ella. Les pregunté dónde la podía encontrar, a lo que me respondieron que no se perdía una fiesta de cualquiera de las hermandades, no hacía distinción. Por el contrario, otras chicas me decían que era un encanto, que siempre que necesitaban ayuda ella se ofrecía. A estas también les pregunté si sabían dónde la podía encontrar, buscar a alguien en una fiesta concurrida era difícil (cosa que sabía a ciencia cierta, porque ya lo había intentado). Me dijeron que la podía encontrar en la biblioteca de la facultad, allí pasaba las horas que no estaba en clase. Me pareció curioso que me dieran dos visiones tan distintas de una misma mujer. La gente que se pasa las horas en la biblioteca, no es la misma que sale de fiesta hasta altas horas de la noche, pero era la última oportunidad que tenía de tenerla cerca. En lo que todo el mundo coincidía era en su nombre: Abby Jensen.

Fui a la biblioteca una tarde que tenía libre y, tras buscar, la encontré en la sección de derecho. Estaba muy guapa vestida con unos vaqueros ajustados, una camiseta de tirantes de licra blanca y un bolígrafo entre sus carnosos labios. Me quedé embobado mirándola, nunca había visto nada tan bonito, hasta que conocí a Mar, pero eso lo contaré más adelante.

Me senté a la mesa donde estaba la pelirroja mirándola descaradamente, a lo que ella me respondió con una mirada similar.

—Hola. ¿Necesitas algo? —me preguntó con una preciosa sonrisa.

—Sí —le respondí devolviéndole la sonrisa—, necesito saber tu nombre.

—¡Vaya! Eso es ir directo al grano. Me gusta. Me llamo Abby. ¿Y tú eres?

—Yo soy Javier, pero llámame Javi.

—Encantada, Javi. —Me tendió una pálida mano por encima de la mesa, y se la estreché—. Ahora que ya sabes mi nombre, ¿necesitan algo más?

—Ajá... necesito tu número de teléfono para poder llamarte para quedar.

Soltó una carcajada que hizo que nos echaran la bronca por el escándalo.

—Me encantas, eres... descarado. ¿No te da miedo acercarte a mí?

—¿Miedo? ¿Por qué ibas a darme miedo?

—Pues... no sé. La mayoría de los tíos no se acercan por miedo a que les muerda o algo así, y los que lo hacen son gais.

—¿Tienes pene?

Mi pregunta la desconcertó, pero rápidamente respondió:

—No.

—¿Tienes la rabia? ¿Eres mega cristiana? ¿Virgen? O ¿muerdes?

—No. No. No. Y de vez en cuando.

—Bueno, pues no tengo porqué tener miedo entonces. Venga, ahora que nos conocemos algo mejor, dame tu teléfono para quedar.

—Esta noche mi compañera de habitación no va a estar, puedes venir a verme y hacerme todas las preguntas que quieras.

Empezó a recoger sus libros y a meterlos en su mochila. Pensé que no me iba a decir cuál era su habitación, que lo había dicho para darme largas, pero cuando acabó de recogerlo todo se acercó a mí y poniendo sus carnosos labios en mi oreja me susurró:

—Habitación 325. A las nueve te espero. Ven preparado.

Y sin más se marchó. Me quedé allí un rato pensando, hasta que me marché en busca de mis amigos. En el camino pensé en lo contradictoria que puede llegar a ser una persona. Esta chica está en la sección de derecho de la biblioteca, en la que tengo entendido que pasa mucho tiempo, pero luego, por las noches va a todas las fiestas que puede, y es lo suficientemente atrevida para invitarme a su habitación, con las intenciones muy claras, ese «ven preparado» era de los más esclarecedor.

Me reuní con mis colegas en el sito habitual y rápidamente supieron que algo me había pasado, por la cara de lelo que tenía. Me preguntaron por qué tenía esa sonrisa de gilipollas a lo que les respondí:

—¿Conocéis a Abby Jensen?

—¿La pelirroja esa que está tan buena? —preguntó Mark. Asentí—. ¡Claro que la conozco! He intentado enrollarme con ella en varias fiestas, pero no ha habido manera. Dicen por ahí que es bastante accesible, pero no conozco a nadie que lo haya conseguido.

—Eso quiere decir que, o es una estrecha, o muy exigente —sentenció Robert.

—Yo me inclino más por la segunda opción —dije enigmáticamente.

—¿Has quedado con ella? —pregunto Robert.

—Solo os voy a decir que después de cenar desaparezco.

Me llovió un aluvión de alabanzas y burlas. Querían que les contara lo que había hecho para conseguir una cita con la chica más solicitada de toda la facultad, pero no les dije nada. Lo que había hecho era solo cosa mía, y de esa preciosa pelirroja.

Esa noche apenas pude probar bocado, estaba deseoso de que llegara la hora en la que me reuniría con Abby en su habitación. Llegué puntual a nuestra cita, excitado por las perspectivas de lo que podía pasar. Me abrió la puerta vestida con la misma ropa que llevaba cuando la vi en la biblioteca.

—Un chico puntual. Eso está bien. Pasa.

Me abrió a puerta del todo y entré a una habitación no muy diferente a la mía.

—Bueno... —empecé a hablar cuando me senté en su cama —¿qué te apetece que hagamos?

Se giró lentamente con una sonrisa pícaro y me miró directa y abiertamente. Sus ojos verdes me observaban divertidos.

—Bueno, yo pensaba que habías venido para que lo pasáramos bien.

—¿Y qué tenías pensado?

Yo sabía lo que quería, pero, como ella parecía tan exigente (o esa es

la impresión que tenía), no quería dar el primer paso, prefería dejarle ese honor a ella. Por eso, cuando apartó mis manos de mi regazo, donde las había apoyado, y se sentó a horcajadas sobre mí y me besó apasionadamente me quedé sin habla. Ella también sabía lo que quería y yo estaba más que dispuesto a dárselo.

Aquella noche fue memorable. La hice mía, y ella me hizo suyo, tres veces en la misma noche para ser exactos. Yo tenía lívido para ello y ella siempre ganas de más. Se mostró abierta y sincera con lo que quería que le hiciera y cómo lo quería. Cuando, a la mañana siguiente me desperté en su cama, Abby, tenía la cabeza apoyada en mi hombro mientras me abrazaba con brazos y piernas. Era muy hermosa, las pecas de su cara se marcaban mucho haciéndola preciosa.

Después de esa noche vinieron muchas más. Al principio no era nada serio. Nos veíamos cada vez que podía y nos apetecía. Había veces que yo salía con mis amigos, o ella con sus amigas y no nos veíamos. Pero cuando coincidíamos en alguna fiesta me pegaba a ella y no dejaba que nadie se acercara. Se puede decir que la consideraba mía, pero Abby era un espíritu libre al que no se podía atrapar.

En las primeras vacaciones de primavera que pasamos juntos me propuso irme con ella a Florida para conocer a sus padres.

—Oye... no sé si es buena idea —le dije cuando me lo propuso.

—¿Por qué no? Somos amigos. Tú no tienes planes para estas vacaciones y a mis padres les va a encantar conocerte. No te pido que vengas como un novio, ni nada parecido. Solo vamos a pasarlo bien.

—Me da corte ir con tus padres.

—No sufras, Javi —dijo riendo—. En cuanto los conozcas te darás cuenta de que no son como tú crees.

Y me sorprendí. Yo esperaba a unos padres sobre protectores que me mirarían con lupa, y lo que me encontré fue a una pareja que habla abiertamente de sexo con su hija (y conmigo), y que me llevaron a una playa nudista. A pesar de que su padre me advirtió, a su manera, me lo pasé en grande esa semana.

Mientras volvíamos en avión a San Diego, Abby, me contó la historia

de sus padres. Esto me hizo comprender por qué ella es así, e hizo que me gustara más como persona. También me confirmó que es exigente con sus relaciones, por muy abierta de mente que fuera no se iba a la cama con cualquiera. No le importaba dar la apariencia de ser ligera, porque la gente que lo decía, o ansiaba ser como ella, o ansiaba meterse en su cama, en ambos casos no lo conseguían.

Las semanas y los meses fueron pasando y seguimos viéndonos regularmente, prácticamente a diario, siempre que los estudios nos lo permitía. No me enamoré de ella. ¿La quise? Sí, sin duda, pero no era amor. Sentía un instinto de protección hacia ella que me volvía receloso. Algunos tíos se acercaba a ella, lógicamente, era (y es) una mujer despampanante, y, aunque le dejaba su espacio, examinaba con lupa y recelo a esos cabrones atrevidos.

Una tarde en la que estábamos sobre el césped del campus, yo sentado y Abby tumbada con la cabeza sobre mis piernas, tan guapa y radiante como siempre, se me ocurrió preguntarle algo que me llevaba rondando en la cabeza unos cuantos días:

—Abby, quería comentarte una cosa. —Abrió los ojos y me miró sin perder un ápice de su sonrisa. —Unos colegas me han hablado de un bar... bueno, no es exactamente un bar, es... un club de intercambio. Y...

—Quieres saber si iría contigo.

No era una pregunta. La miré alucinado, esta mujer no dejaba de sorprenderme. Asentí con la cabeza inseguro. Ella se levantó y se sentó sobre mí con una pierna a cada lado de las mías. Me agarró la cara entre sus manos y me besó con fuerza.

—Me encantará ir contigo —dijo separando sus labios de los míos.

Fuimos en varias ocasiones, a los dos nos gustaba disfrutar mientras otros nos miraban, o dejar que alguien se nos uniera. Nos daba igual que fuera un hombre o una mujer. Abby sabía disfrutar de ambos sexos y hacerlos disfrutar de tal manera, que siempre que íbamos querían repetir, pero nosotros no. Nos gustaba probar cosas nuevas.

Cuando llevábamos más o menos un año con nuestro arreglo, conocí a una preciosa morena. Hablé con ella la invité a tomar una copa, pero no la perseguí, ni averigüé tanto de ella como había hecho con Abby. A ella quería conocerla preguntándole directamente. No quería llevar ideas preconcebidas.

Cierto es que con Abby me había salido bien, pero mujeres como ella no había dos en un mismo sitio. Esa misma noche quedé con Abby para tomar algo, era un viernes caluroso y nos apetecía salir a tomar el fresco.

—He conocido a una chica —le dije tras la segunda cerveza.

—¿Quién es, la conozco?

Tuve que esperar a que el alcohol entrara en mi cuerpo para lanzarme a contárselo, mientras que ella no me respondió con voz de reproche, ni con malicia, ni celos. Su interés era auténtico. Eso era lo que más me gustaba de ella. Si decía que lo nuestro no iba en serio era verdad. Éramos amigos con derecho a roce, nada más. En ese momento supe que podría contar con ella siempre, cualquier problema o inquietud se lo podría contar sin que me juzgara o me reprochara nada.

—Creo que no la conoces. Se llama Mar y ha entrado este año.

Le hablé de Mar, le conté lo que sabía de ella y le contesté a todas las preguntas que me hacía. Pero en ningún momento se puso celosa. Su interés era genuino y eso me encantó. Que hubiese encontrado a una mujer a la que quería conocer un poco más no impidió que bebiésemos mucho, que bailásemos más y que acabásemos follando como locos desesperados en mi habitación.

Mis amigos me preguntaban una y otra vez cosas sobre Abby, pero nunca les dije más de lo estrictamente necesario. Me sentía algo superior a ellos por haber podido conseguir a la pelirroja explosiva que todos los tíos querían, pero aún así, no alardeaba de ello. Abby era algo más que una tía a la que te tiras una noche, éramos amigos y quería que siguiera siendo así. Además nuestra intimidad, era exactamente eso: NUESTRA.

La noche que salí con Mar a tomar esa copa que teníamos pendiente le pedí ayuda a Abby con la ropa. Ella me animó y me dio un par de consejos, parecía mi hermano mayor enseñándome a ligar.

Cuando volvimos Mar y yo a la residencia no sabía exactamente qué hacer. Me moría por besarla, por sentir su sabor, por enredar mi lengua con la suya; por poder inspeccionar todo su cuerpo y poder grabar en mi mente cada curva de su figura; pero lo que más ansiaba era perderme en su interior y notar cómo apretaba mi miembro mientras entraba una y otra, y otra, y otra vez en ella. Pero algo había entre nosotros, esa energía de la que todo el mundo habla.

—Gracias por esta noche —habló Mar—. Me lo he pasado muy bien.

—Ha sido un auténtico placer.

Se acercó a mí y me besó. No fue un beso desesperado ni fogoso, como los que me daba Abby, pero aún así me caló hondo. Puse mis manos en su cintura y la acaricié levemente, no pude resistirme. Después de unos minutos me separé de ella, le prometí que la iba a llamar y me marché.

Las cosas con Mar fueron avanzando deprisa pero de manera segura. Nos fuimos conociendo y haciéndonos amigos. Eso sí, a la segunda vez que salimos ya la metí en mi cama. Me dejó alucinado con lo fiera que era, (y es) en la cama. Le conté la relación que mantenía con Abby, y le aseguré que no había vuelto a meterme en su cama desde que salimos la primera vez. No le molestó que siguiera quedando con ella, incluso le resultaba curioso la relación que teníamos. Cuando le presenté a Abby estaba algo nervioso, me importaba mucho lo que ella pensase de Mar. No quería tener que elegir entre mi mejor amiga, a la que quería mucho, y la mujer con la que quería estar. Pero mis preocupaciones cayeron en saco roto, Abby se llevó estupendamente bien con Mar, y viceversa, desde el primer momento.

Poco después Abby empezó a salir con un tal David. Tenía fama de ser un tío tranquilo y responsable, pero eso no evitó que le hiciera un tercer grado. Por desgracia mi escrutinio falló. Poco a poco Abby se fue alejando de nosotros sin darnos ninguna explicación. Por suerte yo contaba con la compañía y el apoyo de Mar.

Tiempo después, cuando ya acabamos la carrera Abby vivía con ese tío al que yo odiaba. Estaba más que convencido que era culpa suya que Abby se separase de nosotros. Mar estaba también muy frustrada. Le había caído tan bien que la consideró su amiga desde el primer momento en el que hablaron. Pero, mientras que sus demás amigos la dieron de lado, Mar y yo nos mantuvimos ahí para ella. Sabíamos que si nos necesitaba nos llamaría, y nosotros acudiríamos raudos. No le guardamos rencor para nada. Por eso, cuando recibí la terrible llamada fuimos volando a su lado. Entré en su apartamento y se me calló el alma a los pies cuando la vi.

—¿Qué te ha hecho ese cabrón?

Tenía la cara hinchada, el labio roto y un ojo que empezaba a ponerse

morado. Quería ir a buscarlo y matarlo a golpes, de hecho Mar me detuvo cuando me disponía a hacerlo.

—Ahora no, Javi. Tenemos que llevar a Abby al hospital.

Tenía razón. La llevamos y, cuando me aseguraron que estaba bien, hice uso de los contactos de mi antiguo barrio para encontrar a David. A los pocos minutos me lo encontraron y fui a por él. Esta vez Mar no me detuvo, ni intentó persuadirme para que no lo hiciera, ella quería que lo hiciera tanto como yo.

Encontré a David en un bar tomándose unas copas tranquilamente, mientras le tocaba el culo a una rubia. La imagen de la hinchada y amoratada cara de Abby hacía que mi sangre hirviera. Me acerqué a él, le agarré del cuello y estampé su espalda contra la barra. La rubia que estaba más que contenta de ser sobada por ese cabrón, empezó a gritar, varios hombre que estaban allí se acercaron raudos para separarnos, pero ante el grito que di se detuvieron.

—¿Te gusta pegar a mujeres indefensas?! Ahora te vas a enfrentar a mí.

—¿Qué coño estás diciendo?! Yo a ti no te conozco de nada —grito ante mi cara descompuesto.

—No, no me conoces, pero lo vas a hacer. La próxima vez que quieras levantarle la mano a Abby, o a cualquier otra mujer, te lo pensarás dos veces.

Y le pegué, descargué toda mi ira contra su cara, pensaba dejarle la cara desfigurada. Le haría el triple de daño del que él le había hecho a mi pelirroja. La gente se arremolinó a nuestro alrededor, pero nadie se interpuso. Había oído lo que había dicho y comprendieron que se merecía lo que le estaba dando, y mucho más.

Abby presentó denuncia y la policía fue a buscarle. El policía que vino después a mi apartamento para comunicarnos que habían detenido a David me llevó a un rincón y me dijo que ese cabrón había querido presentar una denuncia hacia mí por la paliza que le había dado, pero que no le habían hecho caso. Fueron al bar donde todo ocurrió, y la gente que lo vio todo aseguraron que fue David el que dio el primer puñetazo, por lo que yo quedaba como el defendido, no como el agresor.

Mi relación con Mar fue cada vez más seria. Ya vivíamos juntos en un pequeño apartamento, pero cuando la vi cuidar y consolar a Abby, terminé de enamorarme de ella. Siempre he reconocido que quise a Abby (y aún la quiero), que la protegería con todo mi ser, pero nunca me enamoré de ella. Sin embargo a Mar la amé como nunca lo había hecho. Se convirtió en el centro de mi mundo. Un mundo que sabía que nunca podría dejar salir de él a Abby.

Mi pelirroja, poco a poco, se fue recuperando. Fue volviendo a mostrar su preciosa sonrisa y siendo ella de nuevo, aunque no dejó de recelar de todo hombre que se acercaba a ella. Ya no quería de ellos nada más que un orgasmo, o los que le pudieran dar en una noche. Buscó un apartamento a medio camino entre su trabajo y nuestra casa, no estaba preparada para alejarse de nosotros, ni nosotros estábamos listos para dejarla marchar.

Todo volvió a la normalidad. Abby volvió a ser feliz con su vida, y Mar y yo íbamos más en serio que nunca. Estuve más que convencido de que pasaría el resto de mi vida con ella, que conocía todo sobre ella, pero no era así. Una noche llegué de trabajar en el bar y me encontré a mi morena esperándome con la cena en la mesa.

—Javi, tenemos que hablar. Hay... hay algo que debo contarte —me dijo cuando entré.

Algo en su mirada me puso tenso, pero no me dio miedo, confiaba en ella y en nuestra relación.

—Tú dirás —le dije sentándome frente a ella.

—Verás, esto es algo difícil de contar, no sé por dónde empezar. —Suspiró armándose de valor. —Sabes que te quiero, y cuando lo digo es de corazón, pero hay algo que no sabes de mí.

—Vale, pues cuéntamelo.

—Soy bisexual —soltó a bocajarro.

—Guau, esto sí que no me lo esperaba.

Me quedé mirándola durante unos minutos, unos largos y silenciosos minutos. No tenía claro qué decirle.

—Di algo, por favor.

—¿Qué quieres que te diga?

—No sé. ¿Te molesta?

—La verdad es que no. Me sorprende sí, pero mientras solo esté yo en tu vida, no me molesta.

—¿Qué quieres decir con eso de que mientras solo estés tú en mi vida?

—¿Estás con alguien más? ¿Hay alguien que se meta en tu cama además de yo?

—¡Por supuesto que no!

—Bien, eso es lo único que necesito saber.

—Pero... no puedo evitar fijarme en las mujeres que nos rodean...

—¿Me estás diciendo que quieres acostarte con ellas?

—No, eso no es lo que digo, exactamente.

—¿Entonces...? —la alenté a seguir hablando.

—Lo que quiero decir es que me gustaría que tu y yo...

—¿Quieres que hagamos un trío? —le pregunté gratamente sorprendido.

—Sí, pero solo si tu quieres, claro. Si no quieres, no pasa nada. Tú eres más que suficiente para mí.

—¿Y has pensado en alguien en particular?

La mirada que me dirigió me dijo todo lo que necesitaba saber. Ya sabía en quién había pensado, y eso me hizo sentir más que bien.

—Has pensado en Abby, ¿verdad? —Asintió un poco avergonzada—. Vale, me encanta la idea de tener a mis dos chicas juntas. No te preocupes, Abby se apuntará seguro. Yo hablaré con ella.

Y lo hice, hablé con Abby y unos días después disfruté de una de las noches más memorables de mi vida. Ver como Mar hacía disfrutar a Abby y viceversa, cómo ambas se afanaban por hacerme disfrutar a mí, cómo estaban pendientes de mí, no solo de ellas, es un recuerdo que siempre tendré en mi cabeza.

Esa no fue la única noche que compartimos, siempre que nos apetecía

nos veíamos. Casi siempre que salíamos de marcha acabábamos enredados los tres. Esto me extasiaba más que ninguna otra cosa. Mis chicas se llevaban más que bien y esto me daba libertad para poder comportarme con Abby como lo hacíamos en la universidad. No había celos en la mirada de Mar cuando bailaba muy apretado con Abby, todo lo contrario, su mirada desprendía excitación. No había malos entendidos cuando ellas dormían juntas estando solas, o cuando Abby se quedaba a dormir conmigo cuando Mar iba a visitar a su familia. Me encantaba saber que por fin había encontrado a la otra mitad de mí. Pero todo cambió cuando Abby fue a hacer una de sus poco habituales sesiones de fotos. Allí conoció a un modelo, que pecaba de soberbia. Era la clase de hombre de la que ella siempre huía. Nunca he dudado de su criterio, la experiencia que tuvo con David fue más que suficiente para que fuese cauta con respecto a ellos, pero que al final sucumbiera a ese *modelucho*... no me gustó. Aún así le di un voto de confianza.

Intenté hablar con ella, pero a Mar no le pareció bien que me metiera en medio.

—No es asunto tuyo —me dijo Mar cuando le conté lo que quería hacer—. Abby ya es mayorcita y puede hacer lo que quiera con su vida.

—Mar, no pienso dejarla sola. Tú sabes lo que pasó con David. No puedo permitir que eso se repita.

—Tú no eres responsable y no puedes hacer nada. Debes dejar que se equivoque y aprenda de ello.

—No puedo, Mar. No puedo verla sufrir.

—Eres su amigo, y lo único que puedes, y debe hacer, es estar a su lado y apoyarla. Por mucho que la queramos no podemos inmiscuirnos.

Me cabreé con ella y me largué de casa. Me jodía mucho que tuviera razón. El ver a Abby sufriendo de nuevo me aterrorizaba. Pero estaba equivocado. Damien, que así se llamaba el susodicho, no era mal hombre, aunque metió la pata más de una vez.

Una tarde volvía de trabajar cuando recibí una llamada de Jhon, el mejor amigo de Damien, que se había convertido en otro tanto de Abby. Me dijo que estaba en el hospital. David la había estado esperando a la salida del trabajo y la había agredido, otra vez. Quise hacer mil cosas a la vez: ir a ver a Abby, llamar a Mar, ir a buscar a David y matarlo... muchas cosas por hacer y

poco tiempo para decidir cuál era la adecuada. Me decanté por lo que me dictó mi corazón, que fue ir corriendo al lado de Abby. Jhon estaba con ella y me informó de su estado. Estaba bien, aunque dolorida. Mi pelirroja me hizo prometer que no volvería a acercarme a David, Jhon ya le había dado su merecido en una ocasión anterior. No estaba de acuerdo con ella, la ira me recorría el cuerpo entero, pero la prioridad era ella. Esto no impidió que le pidiera un favor a un amigo de mi antiguo barrio.

Tras esto todo volvió a su rutina. Mar y yo cada día estábamos más unidos, si eso era posible. Abby volvió a estar con Damien, y a pesar de mi reticencia, la apoyé al ciento por ciento. Después llegó la sorpresa de la boda. Esto sí que no me lo esperaba, pero aún así estuve con ella el día más importante de su vida, siempre acompañado de mi preciosa novia. No sé lo que habría sido de mí sin Mar. Seguramente me habría vuelto loco, o habría terminado en la cárcel.

Ahora que mi pelirroja es feliz, y que todos sus problemas de pareja se han solucionado yo estoy más centrado en mi vida, en mi chica. Ver a Abby y Dam tan felices y compenetrados me hace reflexionar. ¿Es posible que el matrimonio sea capaz de darte esa seguridad? A pesar de que los comienzos de esa etapa de la vida de mi amiga no fueron fáciles, ahora, un año después de ello, me demuestra que todo puede ir bien. En este momento, más que nunca, empiezo a plantearme si eso es lo que quiero tener yo con Mar. ¿Un papel firmado puede cambiarme tanto la vida? No lo sé, esa pregunta me ronda la cabeza día y noche, aunque la respuesta únicamente me la puede dar mi chica, solo he de encontrar el momento perfecto para planteárselo a Mar. Solo ella puede quitarme este peso de encima.

Ahora vamos a cenar a casa de Abby, por lo visto tiene algo importante que contarnos. Aprovecharé esta cena para transmitirle a mi amiga mis miedos y dudas, ella me ayudará a elegir el mejor momento, y la mejor manera de hacerlo.